

EL VALOR DE LA MISA Y DE LA SAGRADA COMUNIÓN

por el

Beato Columba Marmion

**EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla**

CON LICENCIA ECLESIASTICA

ISBN: 84-7770-519-4

Depósito legal: M. 43.842-2000

Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

INTRODUCCIÓN

El Beato Columba Marmión, es acaso el autor místico contemporáneo más famoso del mundo y el que más honda influencia ha ejercido en la espiritualidad de nuestros días.

Don Columba Marmión (1858-1923), como es sabido escribió varias obras repletas de doctrina y unción espiritual. Las más famosas, conocidas en el mundo entero, son las que constituyen su magnífica trilogía cristológica: *Jesucristo Vida del Alma*, *Jesucristo en sus misterios*, y *Jesucristo ideal del monje*. Este librito que tienes en tus manos es una separata de dos capítulos de la primera de sus obras: *Jesucristo, vida del alma*.

La doctrina espiritual del Beato Marmión es eminentemente paulina: no hay santidad posible fuera de nuestra perfecta configuración con Jesucristo. No seremos santos sino en la medida en que vivamos la vida de Cristo o, quizá mejor, en la medida en que Cristo viva su *vida en nosotros*. El proceso de santificación es un proceso de *cristificación*. El Cristiano tiene que convertirse en otro Cristo: *christianus, alter Christus*. Solamente

cuando con toda verdad y exactitud podamos repetir el «ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal. 2,20), podremos estar seguros de haber alcanzado la cumbre de la perfección cristiana.

El Sacrificio Eucarístico

SUMARIO. - La Eucaristía, fuente de vida divina. - I. La Eucaristía considerada como sacrificio; trascendencia del sacerdocio de Cristo. - II. Naturaleza del sacrificio; cómo los sacrificios antiguos no eran más que figuras; la inmolación del Calvario, única realidad; valor infinito de esta oblación. - III. La Eucaristía se reproduce y renueva por el sacrificio de la misa. IV. Frutos inagotables del sacrificio del altar; homenaje de perfecta adoración; sacrificio de propiciación plenaria; única acción de gracias digna de Dios; sacrificio de poderosa impetración - V. Intima participación en la oblación del altar por la identificación de nosotros mismos con Cristo, pontífice y víctima.

En todas las páginas que preceden he procurado demostraros cómo Dios quiere hacernos partícipes de su vida y cómo la gracia de Cristo, constituyéndonos en hijos de Dios, es el principio de la vida divina en nosotros. El Bautismo nos dio esa gracia, que es en general la vida sobrenatural y como el río divino en su manantial. Hay obstáculos que se oponen al desarrollo de esa vida y al crecimiento de ese río; ya os he dicho que es preciso vencerlos. Finalmente, en las dos últimas conferencias os

he expuesto cuáles son las leyes generales que determinan el sostén de esa vida en nuestras almas, y la medida de su acrecentamiento, esto es, permanecer unidos a Cristo por la gracia santificante, y hacer todas y cada una de nuestras acciones por lagloria de su Padre, con intención recta y movimiento intenso de caridad. Esta ley se extiende a toda nuestra actividad, y abarca - todas nuestras obras, de cualquier naturaleza que sean.

Cuando un alma ha comprendido la grandeza de esta vida y se ha enterado que su principio está en la unión con Cristo por la fe y por la caridad, aspira a la perfección de esa unión; anhela la plenitud de esa vida, que debe, según el pensamiento eterno de Dios, poseer en sí. ¿No será sueño o ilusión esta perfección?, se pregunta el alma. No, no es sueño; puede y debe ser una realidad, por sublime que sea. «Lo que parece imposible a los hombres, es fácil a Dios¹».

Es cierto, en efecto, que todos los esfuerzos de la naturaleza humana abandonada a sí misma, lejos de Cristo, no pueden hacernos avanzar un paso en la realización de esa unión,

1. MATT., XIX, 26.

ni en el origen y desarrollo de la vida que la unión engendra. Dios sólo es el que nos da el germen y crecimiento; es necesario, indispensable, como dice san Pablo², que nosotros plantemos y reguemos; pero los frutos de vida no se producen sino por la savia de la gracia divina que Dios hace correr por nosotros.

Dios nuestro Señor nos da incomparables medios de mantener esa savia, pues si en cuanto es Bondad infinita y soberanamente eficaz, quiere hacernos participantes de su naturaleza y felicidad, como Sabiduría eterna, proporciona también los medios para el fin, con una virtud y valor a los que nada iguala si no es la dulzura con que ella obra³.

Luego, si después de haber considerado como Dios nos da el Bautismo, el germen de esta vida y las primicias de esta unión, y la ley general que rige el acrecentamiento, deseamos conocer, en particular, los medios que Dios nos ofrece para ello, veremos que se reducen principalmente a la oración y a la recepción del Sacramento de la Eucaristía.

2. I COR., III, 6.

3. SAP., VIII, 1.

Dios tiene hecho compromiso con el alma que se dirige a Él: «Si pedís alguna cosa a mi Padre en mi nombre, dice Jesús, os la concederá»; y así añade: «Pedid y recibiréis, a fin de que vuestra alegría sea perfecta»; y esta alegría es la alegría de Cristo⁴, la alegría de su gracia, la alegría de su vida, la cual, como río divino, nace de Él y viene a nosotros para regocijarnos⁵.

La Eucaristía es el otro medio mucho más poderoso aún. En la oración; Dios comunica sus dones con ciertas condiciones; en el sacramento de la Eucaristía, es Dios, el mismo Cristo, quien se da a nosotros; la Eucaristía es propiamente el sacramento de la unión que alimenta y mantiene la vida divina en nosotros. A ella se refiere particularmente lo que dijo Nuestro Señor: «Yo he venido para dar a las almas la abundancia de la vida⁶». Al recibir a Cristo en la comunión, nos unimos a la vida misma.

Pero antes de darse al alma en alimento, Cristo se inmola, puesto que no se hace pre-

4. JOAN., XVI, 23-24.

5. *Salmo* XLV, 5.

6. JOAN., X, 10.

sente bajo las especies sacramentales sino en el sacrificio de la Misa. Por esta razón, debo, en primer lugar, tratar de la oblación del altar, y diferir para la próxima conferencia hablaros de la comunión eucarística.

Digamos, pues, lo que es el sacrificio de la Misa y el poder de transformación en Jesús que contiene para nuestras almas.

Este tema es inefable; aun el sacerdote; para quien el sacrificio eucarístico es como el centro y el sol de su existencia, es incapaz de dar a comprender con su palabra las maravillas que el amor de Cristo ha acumulado en él. Todo lo que el hombre, criatura, pueda decir, de ese misterio, salido del corazón de un Dios, queda tan por debajo de la realidad, que después de decir todo cuanto se sabe de él, parece que no se ha dicho nada. Y este misterio es tan santo y elevado, que no hay asunto que el sacerdote ame tanto y al mismo tiempo tema tanto tratar.

Pidamos a la fe que nos ilumine, pues el sacrificio eucarístico es por excelencia un misterio de fe, *mysterium fidei*; y así, para comprender algo de él, preciso es recurrir a Cristo, repitiéndole las palabras de san Pedro, cuando Jesús anunció este misterio a los judíos, y varios de

sus discípulos, le abandonaron escandalizados: «¿A quién iremos, Señor; tú tienes palabras que nos llevan a la vida eterna⁷», y sobre todo, creamos al amor, como dice san Juan⁸. Nuestro Señor quiso instituir este sacramento en el instante en que iba a darnos, por su Pasión, el testimonio más grande de su amor para con nosotros, y quiso que se perpetuase entre nosotros, «en memoria de Él»; es como su último pensamiento y el testamento de su sagrado corazón⁹.

I

El Concilio de Trento, como sabéis, definió que la Misa es «un verdadero sacrificio», que recuerda y renueva la inmolación de Cristo en el Calvario. La Misa es ofrecida como «un verdadero sacrificio¹⁰». En «ese divino sacrificio», que se realiza en la Misa, está contenido e inmolado, de una manera incruenta, el mismo Cristo que sobre el altar de la Cruz se ofreció de un modo

7. *Ibíd.*, VI, 68.

8. *Ibíd.*, IV, 16.

9. I. COR., XI, 24.

10. Sess. XXII, can. 1.

cruento. No hay, por consiguiente, más que una sola víctima; el mismo Cristo que se ofreció sobre la Cruz, es ofrecido ahora por el ministerio de los sacerdotes; la diferencia, pues, consiste en el modo de ofrecerse e inmolars¹¹.

El sacrificio del altar, según acabáis de ver por el Concilio de Trento, renueva esencialmente el del Gólgota, y no hay más diferencia que la del modo de oblación. Pues si queremos comprender la grandeza del sacrificio que se ofrece en el altar, debemos considerar un instante lo que constituye el valor de la inmolación de la Cruz, es decir, la dignidad del pontífice y la de la víctima, de donde ese valor se deriva; por eso vamos a decir unas palabras del sacerdocio y del sacrificio de Cristo.

Todo sacrificio verdadero supone un sacerdocio, es decir, la institución de un ministro encargado de ofrecerlo en nombre de todos. -En la ley judía, el sacerdote era elegido por Dios de la tribu de Aarón y consagrado al servicio del Templo por una unción especial. Pero en Cristo el sacerdocio es trascendental; la unción que le consagró pontífice máximo es completamente singular; es la gra-

11. *Ibíd.*, cap. 2.

cia de unión que, en el momento de la Encarnación, une a la persona del Verbo, la humanidad que ha escogido. El Verbo encarnado es «Cristo», que significa «ungido», no con una unción externa, como la que servía para consagrar a los reyes, profetas y sacerdotes del Antiguo Testamento, sino por la divinidad, que se extiende sobre la humanidad, según dice el Salmista, «como aceite delicioso¹²».

Jesucristo es «ungido», consagrado y constituído sacerdote y pontífice, es decir, mediador entre Dios y los hombres, por la gracia que le hace Hombre-Dios, Hijo de Dios, y en el momento mismo de esa unión; y de esta suerte quien le constituye pontífice máximo es su Padre. Escuchemos lo que dice san Pablo: «Cristo no se glorificó a sí mismo para llegar a ser pontífice, sino que Aquel que le dijo (en el día de la Encarnación): “Tú eres mi Hijo; Yo te he engendrado hoy”, le llamó para establecerle sacerdote del Altísimo¹³».

De ahí, pues, que, por ser el Hijo único de Dios, Cristo podrá ofrecer el único sacrificio digno de Dios. Y nosotros oímos al Padre Eter-

12. *Salmo* XLIV, 8.

13. *HEBR*, V, 5; cf. 6 y VII, 1.

no ratificar por un juramento esta condición y dignidad de pontífice: «El Señor lo juró, y no se arrepentirá de ello: Tú eres sacerdote por siempre, según el orden de Melquisedech¹⁴. ¿Por qué es Cristo sacerdote eterno? -Porque la unión de la -divinidad y de la humanidad en la Encarnación, unión que le consagra pontífice, es indisoluble: «Cristo, dice san Pablo, posee un sacerdocio sin fin, porque Él permanece siempre¹⁵.»

Y ese sacerdocio es según «el orden», es decir, la semejanza «del de Melquisedech». San Pablo recuerda ese personaje misterioso del Antiguo Testamento, que representa, por su nombre y por su ofrenda de pan y vino, el sacerdocio y el sacrificio de Cristo. Melquisedech significa «Rey de justicia», y la sagrada Escritura nos dice que era «Rey de Salem¹⁶», que quiere decir «Rey de paz». Jesucristo es Rey; Él afirmó, en el momento de su Pasión, ante Pilatos, su reino: «Tú lo has dicho¹⁷»; es rey de justicia porque cumplirá

14. *Salmo* CIX, 4.

15. *HEBR.*, VII, 3.

16. *GEN.*, XIV, 18; *Hebr.*, VII, 1.

17. *JOAN.*, XVIII, 37.

toda justicia; es rey de paz¹⁸, y vine para restablecerla en el mundo entre Dios y los hombres, y precisamente en su sacrificio fue donde la justicia, al fin satisfecha, y la paz, ya recuperada, se dieron el beso de reconciliación¹⁹.

Lo veis bien: Jesús, hecho, en el momento de la Encarnación, Hijo de Dios, es el pontífice máximo y eterno y el mediador soberano entre los hombres y su Padre; Cristo es el pontífice por excelencia. Así, pues, su sacrificio entraña, como su sacerdocio, un carácter de perfección única y de valor infinito.

II

Jesucristo comienza la obra de su sacerdocio desde la Encarnación. «Todo pontífice está, en efecto, instituido, para ofrecer dones y sacrificios²⁰»; por eso convenía, o mejor dicho, era necesario que Cristo, pontífice supremo, tuviera también alguna cosa que ofrecer. ¿Qué es lo que va a ofrecer? ¿Cuál es la

18. ISA., IX, 6.

19. *Salmo* LXXXIV, 11.

20. *HEBR.*, V, 1.

materia de su sacrificio? Veamos y consideramos lo que se ofrecía antes de Él.

El sacrificio pertenece a la esencia misma de la religión; es tan antiguo como ella.

Desde que hay criaturas, parece justo y equitativo que reconozcan la soberanía divina; en eso consiste uno de los elementos de la virtud de religión, que es, a su vez, una manifestación de la virtud de justicia. Dios es el ser subsistente por sí mismo y contiene en sí toda la razón de ser de su existencia; es el ser necesario, independiente de todo otro, ser, mientras que la esencia de la criatura consiste en depender de Dios. Para que la criatura exista, salga de la nada y se conserve en la existencia; para que luego pueda desplegar su actividad, necesita el concurso de Dios. Para estar, pues, *en la verdad* de su naturaleza, la criatura debe confesar y reconocer esta dependencia; y esta confesión y reconocimiento es la adoración; luego, adorar es reconocer en humildad la soberanía de Dios: «Venid, adoremos al Señor y postrémonos ante Él... Porque Él nos ha formado y no nosotros a nosotros mismos»²¹.

21. *Salmo* XCIV, 6, y *Salmo* XCIX, 3.

A decir verdad, en presencia de Dios, nuestra humillación debería ir hasta el anonadamiento, lo cual constituiría el homenaje supremo, aunque éste no podría declarar con entera verdad nuestra clarísima condición de criatura y la trascendencia infinita del Ser divino: Mas cómo Dios nos ha dado la existencia, no tenemos derecho a destruirnos por la inmola-ción de nosotros mismos, por el sacrificio de nuestra vida. El hombre substituye desde luego, en su lugar, criaturas, principalmente las que sirven al sostenimiento de su existencia, como el pan, el vino, los frutos, los animales²². Por la ofrenda, la inmola-ción o la destrucción de esas cosas, el hombre reconoce la infinita majestad del Ser supremo, y eso es el sacrificio. Después del pecado, ha venido a unirse un carácter expiatorio a las demás nociones del sacrificio.

Los primeros hombres ofrecían frutos, e inmolaban lo mejor que tenían en sus rebaños, para testimoniar así que Dios era dueño soberano de todas las cosas.

Más tarde, Dios mismo determinó las formas del sacrificio en la ley mosaica. Había, en

22. Secreta del Jueves después del Domingo de Pasión.

primer lugar, los holocaustos, sacrificios de adoración: la víctima era enteramente consumida; habia los sacrificios pacíficos, de acción de gracias o de petición: una parte de la víctima era quemada, otra reservada a los sacerdotes, y la tercera se daba a aquellos por quienes se ofrecía el sacrificio; había, finalmente, los más importantes de todos, los sacrificios expiatorios por el pecado.

Todos estos sacrificios, dice san Pablo, no eran más que figuras²³; imperfectos y pobres rudimentos²⁴»; no agradaban a Dios sino en cuanto representaban el sacrificio futuro, el único que pudo ser digno de Él; el sacrificio del Hombre-Dios sobre la Cruz²⁵.

De todos los símbolos, el más expresivo era el sacrificio de expiación, ofrecido una vez al año por el gran sacerdote en nombre de todo el pueblo de Israel, y en el cual la víctima substituía al pueblo²⁶. ¿Qué vemos; en efecto? Una víctima presentada a Dios por

23. I COR., X, 11.

24. GAL., IV, 9.

25. *Deus... legalium differentiam hostiarum unius sacrificii perfectione sanristi*. Secreta del 7.º Domingo después de Pentecostés.

26. LEVIT., XV, 9 y 16.

el sumo sacerdote. Éste, revestido de los ornamentos sacerdotales, impone primero las manos sobre la víctima, mientras la muchedumbre del pueblo está posternada en actitud de adoración. Qué significaba este rito simbólico? -Que la víctima substituía a los fieles; representábalos delante de Dios, cargada, por decirlo así, con todos los pecados del pueblo²⁷. Luego la víctima es inmolada por el sumo sacerdote, y este golpe, esta inmolación hiere moralmente a la multitud, que reconoce y deplora sus crímenes delante de Dios, dueño soberano de la vida y de la muerte. Después, la víctima, puesta sobre la pira, es quemada y sube ante el trono de Dios, *in odorem suavitatis*, símbolo de la ofrenda que el pueblo debía hacer de sí mismo a Aquel que es, no sólo su primer principio, sino también su *Último fin*. El sumo sacerdote, habiendo rociado los ángulos del altar con la sangre de la víctima, penetra en el santo de los santos para derramarla también delante del arca de la Alianza y a continuación, de este sacrificio, Dios renovaba el pacto de amistad establecido con su pueblo.

27. Dos mismo, en el Levítico, había declarado que era Él el autor de esta substitución. LEVIT., XVII, 11.

Todo esto, ya os lo he dicho, no era más que símbolo. ¿Dónde, pues, está la realidad? - En la inmolación sangrienta de Cristo en el Calvario. Jesús, dice san Pablo, se ha ofrecido Él mismo a Dios por nosotros como una oblación y un sacrificio de agradable olor²⁸. Cristo ha sido mostrado por Dios a los hombres como la víctima propiciatoria²⁹.

Pero notad bien que, en la Cruz, Cristo Jesús acaba su sacrificio. Lo inauguró desde su Encarnación, aceptando el ofrecerse a sí mismo por el género humano. - Ya sabéis que el más mínimo padecimiento de Cristo, considerado en sí mismo, hubiera bastado para salvar al género humano; siendo Dios, sus acciones tenían, a causa de la dignidad de la persona divina, un valor infinito. Pero el Padre Eterno ha querido, en su sabiduría incomprensible, que Cristo nos rescatase con una muerte sangrienta en la Cruz³⁰. Ahora bien, nos dice expresamente san Pablo que este decreto de la adorable voluntad de su Padre, Cristo lo acepto desde su entrada en el mundo. Jesucristo, en el momento de la Encar-

28. EPHE.S., V, 2.

29. ROM., III, 25.

30. Ver págs. 55-56.

nación, vio con una sola mirada todo cuanto había de padecer por la salvación del género humano, desde el pesebre hasta la cruz, y entonces se consagró a cumplir enteramente el decreto eterno, e hizo la ofrenda voluntaria de su propio cuerpo para ser inmolado. Oigamos a san Pablo: «Cristo, entrando en el mundo, dice a su Padre: No quisiste ni víctimas ni ofrendas, pero me adaptaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni sacrificios por el pecado. Entonces dije: Heme aquí... Vengo, oh Dios mío, a hacer tu voluntad³¹. Y habiendo comenzado así la obra de su sacerdocio por la perfecta aceptación de la voluntad de su Padre y la oblación de sí mismo, Jesucristo consumó el sacrificio en la Cruz con una muerte sangrienta. Inauguró su pasión renovando el don total que había hecho en el momento de la Encarnación. «Padre, dijo al ver el cáliz de dolores que se le presentaba, no lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres»; y su última palabra ante de expirar será: «Todo está cumplido³²».

Considerad por algunos instantes este sacrificio, y Veréis que Jesucristo realizó el acto

31. HEBR., X, 5 y 8-9.

32. JOAN., XIX, 30.

más sublime y rindió á Dios su Padre el homenaje más perfecto. -El pontífice es, Él, Dios-Hombre, Hijo muy amado. Es verdad que ofreció el sacrificio en la naturaleza humana, puesto que sólo el hombre puede morir; es verdad también que esta oblación fue limitada en su duración histórica; pero el pontífice que la ofrece es una persona divina, y esta dignidad confiere a la inmolación un valor infinito. -La víctima es santa, pura, inmaculada, pues es el mismo Jesucristo; Él, cordero sin mancha, que con su propia sangre, derramada hasta la última gota como en los holocaustos, borra los pecados del mundo. Jesucristo ha sido inmolado en vez de nosotros; nos ha substituído; cargado de todas nuestras, iniquidades, se hizo víctima por nuestros pecados³³. -Jesucristo, en fin, ha aceptado y ofrecido este sacrificio con una libertad llena de amor: «No se le ha quitado la vida sino porque Él ha querido³⁴»; y Él, ha querido únicamente «porque ama a su Padre³⁵».

Esta inmolación de un Dios, inmolación voluntaria y llena de amor, ha obrado la salva-

33. ISA., LIII, 6.

34. JOAN., V, 18.

35. *Ibíd.*, XIV, 31.

ción del género humano: la muerte de Jesús nos rescata, nos reconcilia con Dios, restablece la alianza de donde se derivan para nosotros todos los bienes, nos abre las puertas del cielo, nos hace herederos de la vida eterna. Este sacrificio basta ya para todo; por eso, cuando Jesucristo muere, el velo del templo de Israel se rasga por medio, para mostrar que los sacrificios: antiguos quedaban abolidos para siempre, y reemplazados por el único sacrificio digno de Dios. En adelante, no habrá salvación, no habrá santidad, sino participando del sacrificio de la Cruz, cuyos frutos son inagotables: «Por esta oblación única, dice san Pablo, Cristo ha procurado *para siempre* la perfección a los que han de ser santificados³⁶».

III

No os extrañéis que me haya extendido tratando del sacrificio del Calvario; esta inmolación se reproduce en el altar: el sacrificio de la Misa es el mismo que el de la Cruz. No puede haber, en efecto, otro sacrificio, sino el del

36. HEBR., X, 14.

Calvario; esta oblación es única, dice san Pablo; ella basta plenamente, pero Nuestro Señor ha querido que se continúe en la tierra para que sus méritos sean aplicados a todas las almas.

¿Cómo ha realizado Jesucristo esta voluntad, puesto que ya subió a los cielos? Es verdad que sigue siendo eternamente el Pontífice por excelencia pero; por el sacramento del Orden, ha escogido 'a ciertos hombres, a quienes hace participantes de su sacerdocio. Cuando el obispo extiende, en la ordenación, las manos para consagrar a los sacerdotes, la voz de los ángeles repite sobre cada uno: «Tú eres sacerdote para siempre; el carácter sacerdotal que recibes, nunca te será quitado; ese carácter lo recibes de manos de Jesucristo, y su Espíritu te llama para hacer de ti el ministro de Jesucristo». Jesucristo va a renovar su sacrificio, por medio de los hombres.

Veamos lo que se verifica en el altar. ¿Qué es lo que vemos? -Después de algunas oraciones preparatorias y algunas lecturas, el sacerdote ofrece el pan y el vino: es la «ofrenda» u «ofertorio»; esos elementos serán muy pronto transformados en el cuerpo y en la sangre de Nuestro Señor. El sacerdote invita luego a los

fieles y a los espíritus celestiales a rodear el altar, que va a convertirse en un nuevo Calvario, a acompañar con alabanzas y homenajes la acción santa. Después, de lo cual, entra silenciosamente en comunicación más íntima con Dios; llega el momento de la consagración: extiende las manos sobre las ofrendas, como el sumo sacerdote lo hacía en otro tiempo sobre la víctima que iba a inmolar; recuerda todos los gestos y todas las palabras de Jesucristo en la última cena, en el momento de instituir este sacrificio: «En el día antes de padecer», después identificándose con Jesucristo, pronuncia las palabras rituales: «Éste es mi cuerpo», «Ésta es mi sangre»... Estas palabras obran el cambio del pan y del vino en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo. Por su voluntad expresa y su institución formal, Jesucristo se hace presente, real y sustancialmente, con su divinidad y su humanidad, bajo las especies, que permanecen y le ocultan a nuestra vista.

Pero, como sabéis, la eficacia de esta fórmula es más extensa: por estas palabras, se realiza el sacrificio. En virtud de las palabras: «Éste es mi cuerpo», Jesucristo, por mediación del sacerdote, pone su carne bajo las especies del pan; por las palabras: «Ésta es mi sangre»,

pone su sangre bajo las especies del vino. Separa de ese modo místicamente su carne y su sangre, que, en la Cruz, fueron físicamente separadas y cuya separación llevó consigo la muerte. Después de su resurrección, Jesucristo no puede ya morir³⁷; la separación del cuerpo y de la sangre, que se verifica en el altar, es mística. «El mismo Cristo que fue inmolado sobre la Cruz es inmolado en el altar; aunque de un modo diferente»; y esta inmolación, acompañada de la ofrenda, constituye un verdadero sacrificio³⁸.

La comunión consume el sacrificio; es el último acto importante de la Misa. El rito de la manducación de la víctima acaba de expresar la idea de substitución, y sobre todo, de alianza; que se encuentra en todo sacrificio. Uniéndose tan íntimamente a la víctima que le ha substituído, el hombre aumenta su inmolación, si así puede decirse; siendo la hostia una cosa santa y sagrada, al comerla, uno se apropia, en cierto modo, la virtud divina que resulta de su consagración.

En la Misa, la víctima es el mismo Jesucristo, Dios y Hombre; por eso la comunión es

37. ROM., VI, 9.

38. Concil. Trid., Sess. XXII, cap. 2.

por excelencia el acto de unión a la divinidad; es la mejor y más íntima participación de los frutos de alianza y de vida divina que nos ha procurado la inmolación de Cristo.

Así, pues, la Misa no es sólo una simple representación del sacrificio de la Cruz; no tiene únicamente el valor de un simple recuerdo, sino que es un verdadero sacrificio, el mismo del Calvario, el cual reproduce y prolonga, y cuyos frutos aplica.

IV

Los frutos de la Misa son inagotables, porque son los frutos mismos del sacrificio de la Cruz. El mismo Jesucristo es quien se ofrece por nosotros a su Padre. Es verdad que después de la Resurrección no puede ya merecer; pero ofrece los méritos infinitos adquiridos en la Pasión; y los méritos y las satisfacciones de Jesucristo conservan siempre su valor, al modo como conserva siempre, juntamente con el carácter de pontífice supremo y de mediador universal, la realidad divina de su sacerdocio. Ahora bien, después de los sacramentos; en la Misa es donde, según el Santo Concilio de Trento, tales

méritos nos son particularmente aplicados con mayor plenitud³⁹. Y por eso, todo sacerdote ofrece cada Misa; no sólo por sí mismo, sino «por todos los que a ella asisten, por todos los fieles, vivos y difuntos⁴⁰». ¡Tan extensos e inmensos son los frutos de este sacrificio, tan sublime es la gloria que procura a Dios!

Cuando, pues, sentimos el deseo de reconocer la infinita grandeza de Dios y de ofrecerle, a pesar de nuestra pobreza de criaturas, un homenaje que sea indudablemente aceptado, ofrezcamos el santo sacrificio, o asistamos a él, y presentemos a Dios la divina víctima: el Padre Eterno recibe de ella, como en el Calvario, un *homenaje de valor infinito*, un homenaje perfectamente digno de sus inefables perfecciones.

Por Jesucristo, Dios y Hombre, inmolado en el altar, se da al Padre todo honor y toda gloria⁴¹. No hay, en la religión, acción que calme

39. Sess. XXII, cap. II.

40. *Suscipe, sanctae Pater omnipotens... hanc immaculatam hostiam... pro omnibus circumstantibus, sed et pro omnibus fidelibus christianis vivis atque defunctis: ut mihi et illis proficiat ad salutem in vitam aeternam.*

41. "Ordinuario" de la Misa.

tanto al alma convencida de su nada, y ávida, no obstante esto, de rendir a Dios homenajes de algún modo dignos de la grandeza divina. Todos los homenajes reunidos de la creación y del mundo de los escogidos, no dan al Padre Eterno tanta gloria como la que recibe de la ofrenda de su Hijo. Para llegar a comprender el valor de la Misa, es necesaria la fe, esa fe que es a modo de participación del conocimiento que Dios tiene de sí mismo y de las cosas divinas. A la luz de la fe, podemos considerar el altar, tal como lo considera el Padre celestial. ¿Qué es lo que ve el Eterno Padre sobre el altar en que se ofrece el santo sacrificio? Ve «al Hijo de su amor⁴²», al Hijo de sus complacencias, presente, con toda verdad y realidad, y renovando el sacrificio de la Cruz. El precio y valor de las cosas mídelo Dios en proporción de la gloria que éstas le tributan; pues bien, en este sacrificio, como en el Calvario recibe una gloria infinita por mediación de su amado Hijo; de suerte que no pueden ofrecerse a Dios homenajes más perfectos que éste, que los contiene y excede a todos.

El santo sacrificio es también *fuentes de confianza y de perdón*.

42. Sess. XXII, cap. 2.

Cuando nos abate el recuerdo de nuestras faltas y procuremos repara nuestras ofensas y satisfacer con más creces a la justicia divina, para que nos absuelva de las penas del pecado, no hallamos medio más eficaz ni más consolador que la Misa. Oíd lo que a este propósito dice el Concilio de Trento: «Mediante esta oblación de la Misa, Dios, aplacado, otorga la gracia y el don de la penitencia; perdona los crímenes y los pecados, aun los más horrendos⁴³». ¿Quiere esto decir que la Misa perdona directamente los pecados?-No, ése es privilegio reservado únicamente al sacramento de la Penitencia y a la perfecta contrición; pero la Misa contiene abundantes y eficaces gracias, que iluminan al pecador y le mueven a hacer actos de arrepentimiento y de contrición, que le llevarán a la penitencia y por ella le devolverán la amistad con Dios⁴⁴. Si esto puede decirse con verdad del pecador a quien aún no

43. Si así podemos expresarnos, la Eucaristía como Sacramento procura (o, si se quiere, tiene por fin primario) la gracia *in recto* (directa o formalmente), y la gloria de Dios *in obliquo* (indirectamente), en tanto que el santo sacrificio procura *in recto* la gloria de Dios, e *in obliquo* la gracia de la penitencia y de la contrición por los sentimientos de compunción que excita en el alma.

44. Concil. Trid., XXII, c. I.

ha absuelto la mano del sacerdote con sobrada razón podrá decirse de las almas justificadas, que anhelan una satisfacción tan completa como sea posible de sus faltas y que llegue a colmar el deseo que tienen de repararlas. ¿Por qué así? Porque la Misa no es solamente un sacrificio laudatorio o un mero recuerdo del de la Cruz; es *verdadero sacrificio de propiciación*, instituido por Jesucristo «para aplicarnos cada día la virtud redentora de la inmola-
ción de la Cruz⁴⁵». De ahí que veamos al sacerdote, bien que posesionado de la amistad de Dios, ofrecer este sacrificio «por sus pecados, sus ofensas y sus negligencias sin número». La divina víctima *aplaca a Dios y nos le hace propicio*. Por tanto, cuando la memoria de nuestras faltas nos acongoja, ofrezcamos este sacrificio: en él se inmola por nosotros Jesucristo: «Cordero de Dios que quita los pecados del mundo» y que «renueva, cuantas veces se sacrifica, la obra de nuestra redención⁴⁶». ¡Qué confianza, pues, no debemos tener en este sacrificio expiatorio! Por grandes que sean nuestras ofensas y nuestra ingratitud, una sola

45. Secreta del Domingo IX después de Pentecostés.

46. *Salmo* LXXII, 10.

Misa da más gloria a Dios que deshonra le han inferido, digámoslo así, todas nuestras injusticias. «¡Oh Padre Eterno, dignaos echar una mirada sobre este altar, sobre vuestro Hijo, que me ama y se entregó por Mí sobre la cima del Calvario, y que ahora os presenta en favor *mío* sus infinitas satisfacciones, y dad al olvido las faltas que yo cometí contra vuestra soberana bondad! Os ofrezco esta oblación, en la que encontráis vuestras complacencias, como reparación de todas las injurias infligidas a vuestra divina majestad». Semejante

oración indudablemente será atendida por Dios, por cuanto se apoya en los méritos de su Hijo, que por su Pasión todo ha expiado⁴⁷.

Otras veces se apodera de nosotros la memoria de las misericordias del Señor: el beneficio de la fe cristiana que nos ha abierto el camino de la salvación y hecho participantes de todos los misterios de Cristo, en espera de la herencia de la eterna bienaventuranza; una muchedumbre de gracias que desde el Bautismo se han ido encadenando en el camino de toda nuestra vida. Al echar una mirada retrospectiva, el alma siéntese como abrumada a la

47. Cf. ROM., V, 8-9.

vista de las gracias innumerables de que Dios, a manos llenas, la ha colmado; y entonces, fuera de sí por verse objeto de la divina complacencia, exclama: «Señor, ¿qué podré daros yo, miserable criatura, en cambio de tantos beneficios? ¿Qué os daré que no sea indigno de Vos? Sin embargo de ello, aunque Vos «no tengáis necesidad de mis bienes⁴⁸», justo es que os muestre gratitud a vuestra infinita liberalidad para conmigo; siento esta necesidad en lo íntimo de mi ser; «¿cómo, pues, satisfacerla, Señor y Dios mío, de una manera digna a la vez de vuestra grandeza y de vuestros beneficios?⁴⁹». Tal es la exclamación del sacerdote después de la sunción de la Hostia. Y, ¿cuál es la respuesta que en sus labios pone la Iglesia? «Tomaré el cáliz de la salud» ... La Misa es *la acción de gracias por excelencia*, la más perfecta y la más grata que a Dios ofrecer pudiéramos. Leemos en el Evangelio que, antes de instituir este sacrificio, Nuestro Señor «dió gracias» a su Padre: εὐχαριστήσας. San Pablo usa de la misma expresión, y la Iglesia ha conservado este término con preferencia a cual-

48. *Salmo* XV, 2.

49. *Ibíd.* CXV, 12.

quier otro, sin querer con esto excluir los otros tres caracteres de la Misa, para significar la oblación del altar: sacrificio, eucarístico, esto es, sacrificio de acción de gracias. Ved cómo, en todas las misas luego del ofertorio y antes de proceder a la consagración, el sacerdote, a ejemplo de Jesucristo, entona un cántico de acción de gracias: «Verdaderamente es digno y justo de nuestro deber, y saludable, Señor santo Dios omnipotente, tributaros siempre y en todo lugar acciones de gracias... Por Jesucristo Señor nuestro⁵⁰». Tras esto, inmola la Víctima Sacrosanta: Ella es quien rinde las debidas gracias por nosotros y quien reconoce en su justo valor, pue Jesús es Dios, los beneficios todos que desde el cielo, y del seno del Padre de las luces, bajan sobre nosotros⁵¹; por mediación de Jesucristo, ellos han llegado hasta nosotros, y por Él asimismo, toda la gratitud del alma se remonta hasta el trono divino.

Finalmente, la Misa es sacrificio *de impetración*. Nuestra indigencia no tiene límites: necesidad tenemos incesantemente de luz, de fortaleza y de consuelo: pues en la Misa es

50. Prefacio de la Misa.

51. SANTIAGO, I, 17.

donde hallaremos todos estos auxilios. -Porque, en efecto, en este sacramento está realmente Aquel que dijo: «Yo soy la luz del mundo; Yo soy el camino; Yo soy la verdad, Yo soy la vida. Venid a Mí todos los que andáis trabajados, que Yo os aliviaré. Si alguien viniere a Mí, no lo rechazaré⁵²». Él es el mismo Jesús, que «pasó por doquier haciendo bien⁵³»; que perdonó a la Samaritana, a Magdalena y al Buen Ladrón, pendiente ya en la Cruz; que libraba a los presos, sanaba a los enfermos, restituía la vista á los ciegos y el movimiento a los paralíticos; el mismo Jesús que permitió a san Juan reclinar su cabeza sobre su sagrado corazón. Con todo, es de advertir, que en el altar se halla en modo y a título especial, a saber, como víctima sacrosanta que se está ofreciendo a su Padre por nosotros; inmolado y, así y todo, vivo y rogando por nosotros⁵⁴. Ofrenda también sus infinitas satisfacciones para obtenernos las gracias que nos son necesarias para mantener la vida espiritual en nuestras almas; apoya nuestras peti-

52. JOAN., VI, 37.

53. ACT., X, 38.

54. HEBR., VII, 25.

ciones y nuestras súplicas con sus valiosos méritos; así que nunca estaremos más ciertos que en este momento propicio de alcanzar las gracias que necesitamos. El altar en que Cristo se ofrece y se inmola, es, en verdad, como dice san Pablo, al hablar precisamente del «Pontífice soberano que penetró por nosotros en los cielos y que está lleno de piedad para con aquellos a quienes se digna llamar hermanos suyos», es digno, el altar, «el trono de la gracia, al que debemos acercarnos con plena confianza, a fin de alcanzar la gracia y ser socorridos en la hora oportuna⁵⁵».

Notad estas palabras de san Pablo: *Cum fiducia*: «confianza», es la condición imprescindible para ser atendido. Hemos, pues, de ofrecer el santo sacrificio, o asistir a él, con fe y confianza. No obra en nosotros este sacrificio a la manera de los sacramentos, *ex opere operato*; sus frutos son inagotables, pero se miden, en gran parte, en vista de nuestras disposiciones interiores. En cada Misa hay para nosotros infinitos logros posibles de perfección y de santidad; mas la medida de gracias que en ella recibimos es

55. HEBR., IV 16.

en proporción a nuestra fe y a nuestro amor. Habréis reparado en que cuando el celebrante hace memoria, antes de la consagración, de aquellos que quiere recomendar a Dios, termina mencionando «a todos los asistentes», pero con la particularidad de que indica las disposiciones propias de cada uno. «Acor-daos, Señor... de todos los fieles aquí presentes, cuya fe y devoción os son conocidas⁵⁶». Estas palabras nos dicen que las gracias que fluyen de la Misa nos son otorgadas en la medida de la intensidad de nuestra fe y de la sinceridad .de nuestra devoción. Tocante a la fe, ya os he dicho lo que es; mas esa nota *devotio*, ¿qué puede ser? -No es otra cosa que la entrega pronta y completa de todo lo que en nosotros no existe, a Dios, a su voluntad y a su servicio; a Dios, único que escudriña el fondo de nuestros corazones y ve si nuestro deseo y nuestra voluntad de serle fieles y de ser todo para Él son sinceros. Caso de que así sea, formaremos parte de aquellos «cuya fe y devoción os son conocidas», por quienes el sacerdote ora especialmente y que harán abundante

56. Cant. Miss.

acopio del, tesoro o méritos infinitos que por ellos ofreció Jesucristo.

Si, pues, tenemos la convicción profunda de que todo nos viene del Padre celestial por mediación de Jesucristo, que Dios ha depositado en Él todos los tesoros de santidad a que los hombres pueden aspirar, que este mismo Jesús está sobre el altar, con todos estos tesoros, no sólo presente, sino también ofreciéndose por nosotros a la gloria de su Padre, tributándole de este modo el homenaje más perfecto que ser pudiera de su agrado, y obrando la renovación del sacrificio de la Cruz, a fin de que así continúe y nos sea aplicada su soberana eficacia; si tenemos, repito, esta convicción profunda, en nuestro poder está pedir y también alcanzar toda suerte de gracias. Porque, en estos solemnes momentos, es lo mismo que si nos halláramos en compañía de la Santísima Virgen, de san Juan y de la Magdalena, al pie de la Cruz, y a la boca misma de la fuente de donde mana toda salud y toda redención. ¡Ah, si conociésemos el don de Dios!... ¡Si supiésemos de qué tesoros disponemos y que podríamos utilizar en favor nuestro y de la Iglesia universal.!;...

Sin embargo de ello, no debemos detenernos aquí, si ansiamos investigar cumplidamente las intenciones que tuvo Jesucristo al instituir el santo sacrificio, las mismas que expresa la Iglesia, Esposa suya, en las ceremonias y palabras que acompañan a la oblación. Valiéndonos de este divino sacrificio, podemos, ya os lo he dicho, presentar a Dios un acto de adoración perfecto, solicitar la entera remisión de nuestras faltas, tributarle dignas acciones de gracias, y obtener la luz y fortaleza que necesitamos. Pero, con todo, estas disposiciones del alma, por excelentes que sean, es posible que no pasen de actos y disposiciones de un mero espectador que asiste con devoción, mas sin tomar parte activa en la acción santa.

Hay una participación más íntima, a cuya realización debemos excitarnos. ¿Qué participación es ésta? -No otra que la de identificarnos, lo más completamente que sea posible, con Jesucristo en su doble calidad de pontífice y de víctima a fin de transformarnos en Él. ¿Es esto hacedero? -Ya os dije que en el instante mismo de la Encarnación, Jesucristo quedó consagra-

do pontífice, y que sólo en cuanto hombre pudo ofrecerse a Dios en holocausto. Así, pues, en su Encarnación, el Verbo asoció a sus misterios y hasta su Persona, por mística unión, a la humanidad entera; es ésta una verdad que detenidamente dejo expuesta y que deseo tengáis siempre presente. Toda la humanidad constituye un cuerpo místico cuya cabeza es Cristo, una sociedad cuya parte principal Él ocupa y cuyos miembros somos nosotros. Es un principio que los miembros no pueden separarse de la cabeza ni ser ajenos a su acción. La acción por excelencia de Jesucristo, que resume toda su vida y le da terminantemente todo su valor, es su sacrificio. Al modo que asumió en sí nuestra naturaleza humana, excepto el pecado, de igual manera quiere hacernos participar del misterio capital de donde proviene toda vida. Sin duda que no estábamos corporalmente en el Calvario cuando Él se inmoló por nosotros, después de haberse sustituido en lugar nuestro; mas su voluntad fue son palabras del Concilio de Trento que su sacrificio se perpetuase, con su inagotable virtud, por la acción de su Iglesia y de sus ministros⁵⁷.

57. Sess. XXII, cap. I.

Verdad es que sólo los presbíteros que son admitidos, por el sacramento del Orden, a participar del sacerdocio de Cristo, tienen el derecho de ofrecer oficialmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo. -Sin embargo de ello, todos los fieles pueden, claro está que a título inferior, por modo verdadero, ofrecer la sagrada hostia. La razón es porque, en nuestro Bautismo, participamos en algún modo del sacerdocio de Cristo, por lo mismo que participamos de la vida divina de Jesucristo, con sus cualidades y diferentes estados. Él es Rey, reyes somos con Él; es Sacerdote, sacerdotes somos con Él. Oíd lo que a este propósito dice san Pedro a los recién bautizados: «Sois un pueblo escogido, una familia regia y sacerdotal, una nación santa, un pueblo que Dios ha adquirido⁵⁸. Así, pues; los fieles pueden ofrecer, en unión con el sacerdote, la hostia sacrosanta.

Las oraciones de que la Iglesia hace acompañar este divino sacrificio nos dan a conocer con evidencia que los asistentes tienen también su parte en la oblación. -Así,

58. I PETR., II, 9. Cf. APOC., I, 6. "A aquel que nos amó, que nos purificó de nuestros pecados con su sangre y que nos hizo reyes y sacerdotes de Dios, su Padre, a Él sea la gloria y poderío."

¿cuáles son las palabras que el sacerdote profiere, terminando el ofertorio, antes del canto del Prefacio? «Orad, hermanos, para que mi sacrificio, *también vuestro*, sea aceptado a Dios Padre omnipotente». De igual manera, en la oración que antecede a la consagración, el celebrante pide a Dios que tenga a bien acordarse de los fieles presentes, de «aque-llos, dice, por quienes os ofrecemos este sa-crificio; o que ellos mismos os lo ofrecen por sí y por sus allegados». Y al punto, extendien-do las manos sobre la oblata, ruega a Dios se digne aceptarla «como sacrificio de toda la familia espiritual» congregada en torno del altar. Bien se echa de ver, por lo dicho, que los fieles, en unión con el sacerdote, y, por él, con Jesucristo, ofrecen este sacrificio; Cristo es el Pontífice supremo y principal, el sacerdote es el ministro por Él elegido, y los fieles, en su grado, participan de este divino sacerdocio y de todos los actos de Jesucristo.

Asistamos, pues, con atención; sigamos al sacerdote, que obra en nombre nuestro y por nosotros habla; hagamos memoria de la anti-gua usanza de ofrecer cada uno el pan y el vino

para suministrar la materia de este celestial sacrificio. Si la ceremonia ha cambiado, el espíritu, esto no obstante, continúa; todos ofrecemos con el sacerdote; consentimos con todo lo que él hace, con todo lo que él dice... Ofrezcamos, sí, pero ofrezcamos con él, ofrezcamos a Jesucristo, y ofrezcámonos, a nosotros mismos con toda la Iglesia católica, diseminada por todo el orbe.

No es el único punto de semejanza que tenemos con Jesucristo el que acabamos de enunciar. Cristo es pontífice, pero también es víctima, y el deseo de su divino corazón es que compartamos con Él esta realidad; y por esto precisamente se verifica en, nuestras almas la transformación que obra la santidad.

Detengamos por un momento nuestra consideración en la materia del sacrificio, a saber, en el pan y en el vino que han de ser transmutados en el cuerpo y la sangre del Señor. Los Padres de la Iglesia han declarado con insistencia el significado simbólico de ambos elementos. El pan está formado por granos de trigo molidos y juntados para formar una sola masa; el vino, por las uvas reunidas y prensadas para fabricar un solo liquido: ved ahí la imagen de la unión de los fieles con Cristo y

de los fieles todos entre sí. En el rito griego, esta unión de los fieles con Jesucristo en su sacrificio, se patentiza con toda la viveza de las figuras orientales. Al comienzo de la Misa el celebrante, con una lanceta de oro, divide el pan en diferentes fragmentos y asigna a cada uno de éstos, con una oración especial, la misión de representar a las personas o a las distintas categorías de personas en cuyo honor, o en cuyo beneficio, se ofrecerá el sacrificio augusto. La primera porción representa a Jesucristo; la segunda a la Santísima Virgen como corredentora; otras a los Apóstoles, Mártires, Vírgenes, al Santo del día y a toda la corte de la Iglesia triunfante. Siguen los fragmentos reservados a la Iglesia purgante y a la Iglesia militante; al Soberano Pontífice, a los Obispos y a los fieles asistentes. Acabada esta ceremonia, el sacerdote deposita todas las porciones sobre la patena y las ofrece a Dios, como que todas serán luego transformadas en el cuerpo de Jesucristo. Esta ceremonia indica lo íntima que debe ser nuestra unión con Cristo en este sacrificio.

Si la liturgia latina es más parca en este particular, no es menos expresiva. Así, conserva una ceremonia de gran antigüedad, que

el celebrante no puede omitir so pena de falta grave, y que muestra a las claras que debemos ser inseparables de Jesucristo en la inmolación. Me refiero a lo que hace, al tiempo del ofertorio, mezclando un poco de agua con el vino que puso en el cáliz. ¿Cuál es el significado de esta ceremonia? La oración dé que va acompañada de su significado: «Oh Dios, que formasteis al hombre en un estado tan noble y, por la obra de la Encarnación, lo restablecisteis de un modo aún más admirable, haced, os suplicamos, que *por el misterio de esta agua y de este vino seamos partícipes de la divinidad de Aquel que se sirvió formar parte de nuestra humanidad*, Jesucristo, vuestro Hijo y Señor nuestro que, siendo Dios, vive y reina con Vos en unidad con el Espíritu Santo, por todos los siglos. Al punto, el celebrante ofrece el cáliz para que Dios lo reciba in *odorem suavitatis*. Así pues, el misterio que simboliza esta mezcla del agua con el vino es, en primer lugar, la unión verificada, en la persona de Cristo, de la divinidad con la humanidad; misterio del que resulta otro que señala también esta oración, a saber, nuestra unión con Cristo en su sacrificio; el vino representa a Cristo, y el agua figura al pueblo, como ya lo decía san

Juan en el Apocalipsis, y confirmó el Concilio de Trento⁶⁰.

Debemos, pues, asociarnos a Jesucristo en su inmolación y ofrecernos con Él, para que nos tome consigo, e inmolándonos, en unión suya, nos presente a su Padre, en olor agradable; porque la ofrenda que, unida con la de Jesucristo, hemos de donar, no es otra que la de nosotros mismos. Si los fieles participan, por el Bautismo, del sacerdocio de Cristo, es, dice san Pedro, «para ofrecer sacrificios espirituales que sean agradables a Dios por Jesucristo⁶¹». Tan cierto es esto, que repetidas veces en la oración que sigue a la ofrenda dirigida a Dios, antes del solemne momento de la consagración, la Iglesia atestigua esta unión de nuestro sacrificio con el de su divino Esposo. «Dignaos, Señores -son sus palabras-, santificar estos dones, y acogiendo el ofrecimiento que os hacemos de esta hostia espiritual, haced *de nosotros* una oblación eterna para gloria vuestra por Jesucristo Nuestro Señor⁶²»

60. APOC., XVII, 15. *Hac mistione, ipsius populi fidelis cum capite Christo unio repraesentatur.* Sess. XXII, c. 7.

61. I. PETR., I, 5.

62. Misa del lunes de Pentecostés. Esta oración (secreta) está también en la Misa de la fiesta de la Santísima Trinidad.

Mas, para que así seamos aceptos a los ojos de Dios, preciso se hace que nuestra oblación vaya unida a la que Jesucristo hizo de su persona en los brazos de la Cruz y que renueva sobre el altar; porque Nuestro Señor, al inmortalarse, hizo nuestras veces, nos reemplazó; y por esta razón, el mismo golpe mortal que lo hizo sucumbir, nos dio mística muerte a nosotros⁶³. Por lo que a nosotros toca, sólo moriremos con Él si nos asociamos a su sacrificio en el altar. ¿Y cómo nos uniremos a Jesucristo en esta condición suya de víctima? Simplemente imitándolo en ese total rendimiento al beneplácito divino.

Derecho es de Dios disponer con entero poder de la víctima que se le inmola; y por lo mismo, nuestra disposición de ánimo debe ser la de abandonar todas las cosas en las manos de Dios, renunciar enteramente a nosotros mismos mediante el sacrificio de nuestra voluntad y de una exacta mortificación, y aceptar los padecimientos, las pruebas y las cruces cotidianas por amor de Él, de tal suerte que podamos decir, como dijo Jesucristo momentos antes de su pasión: «Obro de este modo para que conozca el

63. II COR., V, 14.

mundo que amo al Padre, esto será ofrecerse verdaderamente con Jesucristo. Así, pues, cuando ofrecemos al Eterno Padre su divino Hijo y realizamos al mismo tiempo la oblación de nosotros mismos con la de la «sagrada hostia» en disposiciones semejantes a las que animaban al, deífico Corazón de Jesús sobre el ara de la Cruz, como son: amor intenso a su Padre y a nuestros prójimos, ardiente deseo de la salvación de las almas, total abandono a la voluntad y decisiones del Todopoderoso, en particular si son penosas y contrarían a nuestra naturaleza; en tal caso, podemos estar de que tributamos seguros a Dios el homenaje mas grato que está a nuestro alcance rendirle.

Tenemos, además, en este sacrificio el medio más poderoso para transformarnos en Jesucristo, particularmente si nos unimos a Él por la Comunión, que es el modo más eficaz de participar del sacrificio del altar. Y es porque Jesucristo, al vernos incorporados a su Persona, nos inmola consigo y nos hace agradables a los ojos de su Padre, y de este modo, por la virtud de su gracia, nos asemeja más y más a su divino Ser.

Es lo que quiere dar a entender esta oración misteriosa que el celebranterecita después

de la consagración: «Os suplicamos, Dios omnipotente, ordenéis que estas nuestras ofrendas sean presentadas por mano de vuestro santo Mensajero, sobre el altar de la gloria, ante el acatamiento de vuestra divina Majestad, para que todos cuantos participamos de este sacrificio por la recepción del sacratísimo cuerpo y sangre de vuestro Hijo, seamos colmados de toda suerte de bendiciones y de gracias».

Por tanto, excelente manera de asistir al santo sacrificio será la *de* seguir con los ojos, con la mente y con el corazón, todo lo que se hace en *el* altar, asociándose a las oraciones que en momento tan solemne pone la Santa Iglesia en boca de sus ministros. Si así nos asociamos, por una profunda reverencia, una fe viva, un amor vehemente y un, sincero arrepentimiento de nuestras culpas⁶⁴, a Jesucristo, que hace de Pontífice y de víctima en este sacrificio, Él, que mora en nosotros y toma por suyas todas nuestras aspiraciones, y ofrece en lugar y en favor nuestro a su divina Padre una adoración perfecta y una cumplida satisfacción, tribútale también dignos hacimientos de gracias, y las peticiones que formula siempre

64. Conc. Trid. Sess. XXII, cap. 2.

son de eficacia infalible. Todos estos actos del Pontífice eterno cuando sobre el ara reitera la inmolación del Gólgota, vienen a ser propios nuestros.

Y en tanto que rendimos a Dios, por intervención de Jesucristo, todo honor y toda gloria, un copioso raudal *de* luz, y de vida descendiende a nuestra alma e inunda a la Iglesia entera⁶⁵, porque, en efecto, cada Misa contiene en sí todos: los merecimientos del sacrificio de la Cruz.

Mas para posesionarse *de* ellos, preciso es que nuestra alma se encuentre penetrada de aquellas disposiciones que animaron a la de Cristo a realizar su inmolación cruenta. De esta suerte, revistiéndonos de los sentimientos del corazón de Jesús⁶⁶, el eterno Pontífice nos introducirá consigo, hasta el Santo de los Santos, ante el trono de la divina Majestad, a la boca misma de la fuente *de* donde brota toda gracia, toda vida y toda bienaventuranza.

¡Si conocieseis el don de Dios!...

65. *Ibíd.*

66. PHILIPP., II, 5.

El Pan de Vida

SUMARIO. - La Comunión eucarística como el más poderoso medio para mantener en nosotros la vida sobrenatural. - I. La Comunión, es el convite en que Cristo se da como pan de vida. - II. Por la Comunión Jesucristo mora dentro de nosotros y nosotros dentro de Él. - III. Diferencia entre los efectos del sustento corporal y los frutos de la manducación eucarística; cómo Cristo nos transforma en Él: influencia que en el cuerpo ejerce este maravilloso alimento. - IV. La preparación es necesaria para asimilarse los frutos de la Comunión. - V. Disposiciones remotas: absoluta donación de uno a Jesucristo: orienta todas nuestras acciones en orden: a la Comunión. - VI. Disposiciones próximas: fe, confianza y amor; cómo premia el Señor tales disposiciones: la Comunión constituye la más alta participación de la divina filiación de Jesucristo. Diversidad de «fórmulas» y disposiciones interiores en la preparación inmediata. - VII. Acción de gracias después de la Comunión: *Mea omnia tua sunt et tua mea.*

«Haced, Señor de toda majestad, que todos los que participando de este altar, recibamos el sacrosanto cuerpo y sangre de vuestro Hijo, seamos llenos de toda bendición celestial y gracia. »

Con estás palabras finaliza una de las oraciones que en el santo sacrificio de la Misa se dicen después del augustò rito de la consagración. Cristo, bien lo sabéis, está realmente presente en el altar, no ya sólo para tributar al Padre homenaje perfecto con su mística inmolación, que renueva la del sacrificio del Calvario, sino también para darse en alimento a nuestras almas bajo las especies sacramentales.

Claramente manifestó Jesús esta intención de su corazón sagrado al instituir este sacramento: «Tomad y comed, esto es mi cuerpo⁶⁷». «Tomad y bebed, pues ésta es mi sangre⁶⁸».

Si Nuestro Señor quiso quedarse presente bajo las especies de pan y de vino, fué para ser nuestro alimento. - Así, pues, si queremos conocer por qué Cristo instituyó este sacramento a modo de manjar, veremos que, ante todas las cosas, lo hizo para mantener en nosotros la vida divina; y luego para que, recibiendo de Él esa vida sobrenatural, siempre le estemos unidos. La Comunión sacramental, fruto del sacrificio eucarístico, es para el alma el medio más seguro de vivir unida a Cristo Jesús.

67. I COR., XI, 24.

68. Cf. LUC., XXII, 17 y 20.

La verdadera vida del alma, la santidad sobrenatural, está, ya lo he dicho también, en esa unión con Cristo. Jesús es la vid, nosotros los sarmientos; la gracia es la savia que del tronco pasa a las ramas para que den fruto. Pues bien, Cristo nos colma de su gracia, sobre todo, dándose a nosotros en la Eucaristía.

Contemplemos con reverencia y fe, con amor y confianza, este misterio de vida, en el cual nos unimos con Aquel que es a un mismo tiempo nuestro divino modelo, nuestra satisfacción infinita y aun la fuente misma de nuestra santidad⁶⁹.

Luego veremos cuáles han de ser las disposiciones para recibirle, si hemos de llegar a la perfecta unión que Cristo quiere realizar al darse así a nosotros.

I

Cuando, al orar, pedimos al Señor que nos diga por qué, en su eternasabiduría, se dignó instituir este inefable sacramento ¿qué nos responde el Señor?

69. Catec. del Concilio de Trento, cap. XX, § 1.

Dícenos, ante todas las cosas, lo que por vez primera dijo a los judíos, al anunciarles la institución de la Eucaristía: «Como el Padre que vive me envió, y yo vivo por el Padre, así el que me comiere vivirá por mí⁷⁰». Como si dijera: Todo mi anhelo es comunicaros mi vida divina. A mí, el ser, la vida, todo me viene de mi Padre, y porque todo me viene de Él, vivo únicamente para Él; así, pues, yo sólo ansío que vosotros también, que todo lo recibís de mí, no viváis mas que para mí. Vuestra vida corporal se sustenta y se desarrolla mediante el alimento; yo quiero ser manjar de vuestra alma para mantener y dar auge a su vida, que no es otra que mi propia vida⁷¹. El que me comiere, vivirá mi vida; poseo en mí la plenitud de la gracia, y de ella hago partícipes a los que me doy en alimento. El Padre tiene en sí; mismo la vida, pero ha otorgado al Hijo el tenerla también en sí⁷²; y como yo poseo esa vida, vine para dar vida, pero abundante y plena⁷³. Os doy la vida al darme a mi mismo como

70. JOAN., VI, 57.

71. Conc. Trid., Sess. 13, cap. 2.

72. JOAN., V, 26.

73. *Ibíd.*, X, 10.

manjar. Yo soy el pan de vida, el pan vivo que bajó del cielo para traeros la vida divina; ese pan que da la vida del cielo, la vida eterna, cuyo preludio es la gracia⁷⁴. Los judíos en el desierto comieron el maná, alimento corruptible; pero yo soy el pan que siempre vive, y siempre es necesario a vuestras almas, pues «si no le comiereis, pereceréis sin remedio⁷⁵».

Tales son las palabras mismas de Jesús. Luego Cristo no se hace realmente presente sobre el altar tan sólo para que le adoremos, y le ofrezcamos a su Eterno Padre como satisfacción infinita; no viene tan sólo a visitarnos, sino para ser nuestro manjar como alimento del alma, y que, comiéndole, tengamos vida, vida de gracia en la tierra, vida de gloria en el cielo.

«Como el Hijo de Dios es la vida por esencia, a Él le toca prometer, a Él comunicar la vida. La humanidad santa que le plugo asumir en la plenitud de los tiempos, toca tan de cerca la vida, y tan bien se apropia su virtud, que de ella brota una fuente inagotable de agua viva... ¿No es el pan de vida, o mejor dicho, no es un

74. JOAN., VI, 35, 48, 51.

75. *Ibíd.*, VI, 54.

pan vivo el que comemos para tener vida? Pues ese pan sagrado es la carne de Cristo, carne viva, carne unida a la vida, carne llena y penetrada del espíritu vivificador. Pues si el pan común, que carece de vida, mantiene y conserva la del cuerpo, ¿cuán admirable no será la vida del alma en nosotros, que comemos un pan vivo, que comemos la vida misma en la mesa del Dios vivo? ¿Quién jamás oyó semejante prodigio, que la vida pudiera ser comida? Sólo Jesús pudo darnos tal manjar. Es vida por naturaleza; quien le come, come la vida; ¡Oh banquete de delicias de los hijos de Dios⁷⁶!» . -Por eso el sacerdote, al dar la Comunión dice a cada uno: «¡El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarda tu alma para la vida eterna.!»

Ya os dije que los sacramentos producen la gracia que significan.- En el orden natural, el alimento conserva y sustenta, aumenta, restaura y hace dilatarse la vida del cuerpo⁷⁷. Así, ese pan celeste es manjar del alma que *conser-*

76. BOSSUET, *Sermon pour le Samedi Saint*.

77. Son, según Santo Tomás, los cuatro efectos del alimento: el santo Doctor los aplica a la Eucaristía, alimento del alma. (III, q. LXXIX, a. 1.)

va, repara, acrecienta y dilata en ella la vida de la gracia, puesto que le comunica al Autor mismo de la gracia.

Por otras puertas puede entrar en nosotros la vida divina, pero en la Comunión inunda nuestras almas «cual torrente impetuoso.» De tal modo es la Comunión sacramento de vida que, por sí misma, perdona y borra los pecados veniales, a los que estamos más apegados⁷⁸; obra de tal manera, que, recobrando en el alma la vida divina su vigor y su hermosura, crece, se desarrolla y da frutos abundantes. ¡Oh festín sagrado, convite en el que el alma recibe a Cristo⁷⁹! ¡Oh Cristo Jesús, Verbo encarnado!, «en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad⁸⁰», venid a mí para hacerme partícipe de esa plenitud; ahí está mi vida, puesto que recibiros es llegar a ser hijo de Dios⁸¹; es tener parte en la vida que del Padre recibisteis y mediante la cual vivís por el Padre; vida que de vuestra humanidad se desborda sobre todos vuestros hermanos en la gracia: ¡Venid,

78. Véase el texto ya citado del Concilio de Trento, pág. 210.

79. Antíf. del *Magnificat* de las II Vísperas del Corpus.

80. COL., II, 9.

81. JOAN., I, 12.

Señor, sed de mi manjar, para qué vuestra vida sea la mía⁸²!.

II

Una de las intenciones del corazón de Jesús, al instituir el sacramento de la Eucaristía, fué el que ella sea el pan celestial que conserve y aumente en nosotros la vida divina; pero aún hay otro fin que Cristo se propuso y completa el primero: «El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora, y yo en él.» ¿Qué quiere decir la palabra «morar»?

Cuando se lee el Evangelio de san Juan - que nos refiere las palabras de Jesús - se advierte que casi siempre emplea ese vocablo para expresar la unión perfecta. No hay unión más estrecha que la del Padre y del Hijo en la Trinidad adorable, puesto que entre ambos poseen, en unión también con el Espíritu Santo, la misma y única naturaleza divina; san Juan dice que «el Padre mora en el Hijo»

«Morar en Cristo» es, en primer lugar, tener parte por la gracia en su filiación divina;

82. *Ibíd.*, VI, 55.

es ser uno con Él, siendo como Él hijo de Dios, aunque a título diverso. Es la unión primaria y fundamental, la que el mismo Cristo señala en la parábola de la viña : «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que *mora* en mí y yo en él, da frutos abundantes ⁸³».

Esa unión no es la única. «Morar» en Cristo es hacerse uno con Él en todo lo tocante a nuestra inteligencia, voluntad y acción. - «Moramos» en Cristo por la *inteligencia*, al acatar por un acto de fe simple, puro e íntegro cuanto Cristo nos enseña. El Verbo está siempre en el seno del Padre, ve los divinos arcanos y nos manifiesta lo que ve⁸⁴. Por la fe respondemos «así es», Amén, a cuanto el Verbo encamado nos dice; creemos en su palabra, y de este modo, nuestra inteligencia se identifica con Cristo. La sagrada Comunión nos hace morar en Cristo por la fe; no podemos, recibirle si no aceptamos por la fe cuanto Él es y cuanto dice. Mirad cómo, al anunciar Jesús la Eucaristía, les dice : «Yo soy el pan de vida; el que viene a mí, no tendrá hambre y el que cree en mí no tendrá sed jamás⁸⁵».

83. Joan., XIV, 19.

84. *Ibíd.*, I, 18.

85. *Ibíd.*, VI, 35.

Y viendo que los judíos incrédulos murmuran, repíteles sus palabras: «En *verdad*, en *verdad* os digo, el que cree en mí tiene la vida eterna⁸⁶». Cristo, pues, se nos da en alimento, mediante la fe, y unirse a Él es aceptar, inclinando la inteligencia ante su palabra, todo cuanto Él se nos revela. Cristo es alimento de nuestra inteligencia al comunicarnos toda verdad.

Morar en Él es también someter *nuestra voluntad* a la suya y hacer que toda nuestra actividad sobrenatural dependa de su gracia.- Es decir, que debemos permanecer en su amor, acatando reverentes su santísima voluntad: «Si guardáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, del mismo modo que yo he *guardado los* preceptos de mi Padre y permanezco en su amor⁸⁷». Es anteponer sus deseos a los nuestros, abrazar sus intereses, entregarnos a Él enteramente, sin cálculo ni reserva alguna, pues no puede *permanecer* quien no es fijo y estable, con la confianza omnímota de la esposa para con su esposo. Nunca la esposa es más grata al esposo que cuando única y totalmente lo fía todo a su prudencia, poder, fuerza y amor.

86. Joan., VI, 47.

87. *Ibíd.*, XV, 10.

De aquí que este pan celestial, siendo sustento del amor, conserve la vida de nuestra voluntad.

Tal es el estado divino que Cristo quiere fundar en el alma del que le recibe; el Señor viene a ella para que ella «permanezca en Él», esto es: que teniendo confianza plena en su palabra, se abandone a Él para cumplir en todo su divino beneplácito, sin tener otro móvil en toda su actividad que la acción de su Espíritu⁸⁸.

Nuestro Señor también mora en el alma⁸⁹. -Mirad que ocurría en el Verbo encarnado. Había en Él una actividad natural, humana, muy intensa; pero el Verbo, al que estaba indisolublemente unida la humanidad, era la hoguera en que se alimentaba y de donde irradiaba toda su actividad.

Lo que Cristo anhela obrar al darse al alma es algo parecido. Sin que la unión llegue a ser tan estrecha como la del Verbo con su santa humanidad, Cristo se da al alma para ser en ella, por medio de su gracia y la acción de su Espíritu, fuente y principio de toda su activi-

88. I COR., VI, 17.

89. JOAN., XV, 5.

dad interior. *Et ego in eo*; está en el alma, mora en ella, pero inactivo; quiere obrar en ella⁹⁰ y cuando el alma se entrega de veras a Él, a su voluntad, tan poderosa se manifiesta entonces la acción de Cristo que esa alma llegará a buen seguro a la mayor perfección, según los designios que Dios tenga sobre ella. Pues Cristo viene a ella con su divinidad, con sus méritos, sus riquezas, para ser su luz, su camino, su verdad, su sabiduría, su justicia, su redención⁹¹, en una palabra, para ser la vida del alma, para vivir Él mismo en ella⁹². El anhelo del alma es no hacer más que una sola cosa con el amado; la Comunión, en la que el alma recibe a Cristo en alimento, realiza ese anhelo, transformando poco a poco al alma en Cristo.

III

Y, cierto, los Padres de la Iglesia hicieron notar la enorme diferencia que hay entre la acción del alimento que da vida al cuerpo y

90. *Usque modo operor*, Joan., V, 17.

91. I COR., I, 30.

92. GAL., II, 20.

los efectos que en el alma produce el pan eucarístico.

Al asimilarnos el, alimento corporal, lo transformamos en nuestra propia substancia, en tanto que Cristo se da a nosotros a modo de manjar para transformarnos en Él. - Son muy notables estas palabras de san León: «No hace otra cosa la participación del cuerpo y sangre de Cristo, sino trocarnos: en aquello mismo que tomamos»⁹³. Más categórico es aun san Agustín, quien pone en boca de Cristo estas palabras: «Yo soy el pan de los fuertes; ten fe y cómeme. Pero no me cambiarás en ti, sino que tú serás transformado en mí»⁹⁴. Y santo Tomás concreta esta doctrina en pocas líneas, con su habitual claridad: «El principio, para llegar a comprender bien el efecto de un Sacramento está en juzgarlo por analogía con la materia del Sacramento... La materia de la Eucaristía, es un alimento; es, pues, necesario que su efecto sea análogo al de los manjares. Quien asimila el manjar corporal, lo transforma en sí; esa transformación repara las pérdidas del organismo y le da el desarrollo conve-

93. *Sermo*. LXIV, de *Passione*, 12, c. 7.

94. *Confess.*, Lib. VII, c. 4.

niente. No así en el alimento eucarístico, que, en vez de transformarse en el que lo toma, transforma en sí al que lo recibe. De ahí que el efecto propio de ese Sacramento sea transformar de tal modo al hombre en Cristo, que pueda con toda verdad decir: Vivo yo; mas no yo, sino que vive Cristo en mí⁹⁵».

¿Cómo se obra esa transformación espiritual? Al recibir a Cristo, lo recibimos todo entero: su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad y su humanidad. Hácenos participantes de cuanto piensa y siente, nos comunica sus virtudes, pero sobre todo «enciende en nosotros el fuego que vino a traer a la tierra⁹⁶», fuego de amor, de caridad. No es otro el fin de la transformación que la Eucaristía produce. «La eficacia de este sacramento, escribe santo Tomás, consiste en obrar cierta transformación en Cristo mediante la caridad. Ése es su fruto propio... Y propio es de la caridad transformar al amante en el amado». - Así, pues, la venida de Cristo a nosotros se encamina por naturaleza a establecer entre sus pensamientos y los nuestros, entre sus sentimientos y nuestros sen-

95. *In IV Sentent., Dist. 12, q. 2, a. 1.*

96. *LUC., XI, 49.*

timientos, entre su voluntad y la nuestra, tal cambio, correspondencia y semejanza, que ya nuestros pensamientos, nuestro sentir y nuestro querer no sean otros que los de Jesucristo⁹⁷. Y esto tan sólo por amor: el amor entrega a Cristo la voluntad entera, y con ella todo nuestro ser, todas nuestras energías; de aquí dimana que, siendo el amor el que enteramente entrega el hombre a Dios, sea también la causa, de nuestra transformación y de nuestro desarrollo espiritual. Bien dijo san Juan: «El que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él»⁹⁸.

Si eso falta, ya no hay verdadera «Comunión»; recibimos a Cristo con los labios, cuando es menester unirnos a Él de espíritu, de corazón, de voluntad, con nuestra alma toda para participar, en cuanto en la tierra es posible, de su vida divina; de modo que, realmente, por la fe que en Él tenemos, por, el amor que le profesamos, su vida sea el principio de la nuestra, y no ya nuestro «yo». Bien claramente lo demuestra una oración que la Iglesia pone en labios del sacerdote después de la Comunión: «Haz, Se-

97. PHILIPP., II, 5.

98. JOAN., IV, 16.

ñor, que nuestra alma y nuestro cuerpo estén tan rendidos a la operación de este don celestial, que no sea nuestro propio sentir, sino el efecto de este sacramento el que siempre domine en nosotros⁹⁹». De esta oración de la Iglesia se corrige que la acción de la Eucaristía se transfunde del alma aun sobre el mismo cuerpo. Ciertamente que Cristo se une inmediatamente al alma; cierto que viene, en primer lugar, a asegurar y confirmar su deificación¹⁰⁰. Pero la unión del cuerpo y del alma es tan honda e íntima, que según que acrecienta la vida del alma y poderosamente la impele hacia las delicias de lo Alto, la Eucaristía mitiga los ardores de la carne y da la paz a todo nuestro ser.

Los Padres de la Iglesia¹⁰¹ hablan de una influencia aún más directa. ¿Qué extraño es esto? Cuando Jesucristo vivía en el mundo, bastaba el solo contacto con su humanidad para sanar los cuerpos. Y, ¿habríamos de amenguar ese poder curativo porque Cristo se esconda tras los velos de las especies sacramentales? «¿Pen-

99. Postcomunión del 8.º Domingo después de Pentecostés.

100. Postcomunión de la tercera semana de Cuaresma.

101. San Just. *Apolog. ad Anton. Pium*, n. 66. San Ireneo, *Contra haereses*, L. V, c. 2. San Cirilo Jerosolimitano, *Catech.*, XII (*Mystag...* IV), n. 3; *Catech.*, XIII (*Mystag...* V), n. 15.

sáis, decía santa Teresa, que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este santísimo manjar, y gran medicina, aun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades, que estando muchas veces con grandes dolores, como de la mano se le quitaban, y quedaba buena del todo... Ciertamente, nuestro adorable Maestro no suele mal pagar la morada que hace en la posada de nuestra alma cuando recibe buen hospedaje¹⁰²». Antes de comulgar, el sacerdote suplica a Cristo que «la recepción de su carne santísima aproveche para defensa del alma y del cuerpo». La misma oración nos manda repetir la Iglesia en varias de sus postcomuniones, para dar gracias a Dios por el don celestial que nos otorga: «Purifica, Señor, nuestras almas, renuévalas por tus celestiales sacramentos, para que aun nuestros cuerpos experimenten tu ayuda así en esta vida como en la otra¹⁰³». No echemos en olvido que Cristo está siempre vivo, siempre obrando; cuando viene a nosotros, une nuestros miembros a los suyos; purifica, eleva, santifica, transforma en

102. *Camino de perfección*, cap. XXXIV. La Santa es aún más explícita en el cap. XXX de su Vida.

103. Postcomunión del 15.º Domingo después de Pentecostés.

cierto modo nuestras facultades, de suerte que, conforme al hermoso pensamiento de un autor antiguo, amamos a Dios con el corazón de Cristo, le alabamos con sus labios, nuestra vida es su vida. La presencia divina de Jesús y su virtud santificadora tan íntimamente impregnara todo nuestro ser, cuerpo y alma con todas sus potencias, que llegamos a ser como otros Cristos.

Tal es el remate, muy sublime por cierto, de esa unión con Cristo en la Eucaristía, que propende a realizarse más perfectamente cada día y en cada comunión que recibimos. ¡Si conociésemos el don de Dios! Pues los que en esta fuente beben el agua de la gracia no tendrán ya más sed, están refrigerados¹⁰⁴; hallan en esa fuente todos los bienes¹⁰⁵. Del altar dimanan para nosotros toda bendición y toda gracia.

IV

Tan maravillosos efectos no se obran en el alma sin que ésta se haya preparado a la efu-

104. JOAN., IV, 13.

105. ROM., VIII, 32.

sión de tantos bienes. Es verdad, como ya os he dicho, que los sacramentos producen por sí mismos el fruto para que han sido instituidos, pero siempre que ningún obstáculo se oponga a su acción. -Pues bien, ¿cuál es aquí el obstáculo?

Claro que no puede haberle por parte de Cristo: «en Él están todos los tesoros de la divinidad», y ansía infinitamente infundírnoslos dándose a nosotros; y no los escatima; pues si viene para darnos la vida, quiere darla con sobreabundancia, repitiendo a cada uno de nosotros lo que decía a sus Apóstoles: «Ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros¹⁰⁶».

No echemos en olvido que la Comunión no es invención humana, sino un sacramento instituido por la Eterna Sabiduría. Pues a la sabiduría incumbe el hacer que los medios vayan proporcionados con el fin. Luego si nuestro divino Salvador instituyó la Eucaristía para unirse a nosotros y hacernos vivir su vida, tengamos por cierto que este Sacramento contiene cuanto es menester para realizar esa unión y llevarla hasta el supremo grado;

106. LUC., XXII, 15.

virtud y eficacia incomparable tiene invención tan maravillosa para obrar en nosotros una transformación divina.

Los obstáculos, pues, están en nosotros. -¿Cuáles son? Para saberlo sólo precisamos considerar la naturaleza de este Sacramento. Es un manjar que ha de *conservar la vida y cimentar la unión*.

Todo cuanto se opone a la vida sobrenatural y a la unión es obstáculo para recibir y sacar fruto de la Eucaristía. El pecado mortal, que causa la muerte del alma, es obstáculo absoluto; como el alimento no se da más que a los vivos, así Eucaristía no se da más que a los que tienen ya la vida de la gracia. Es la primera condición, y basta ella, con «la recta intención», para que todo cristiano pueda acercarse a Cristo y recibir el pan de vida. Así lo declaró en un memorable documento el gran Pontífice Pío X¹⁰⁷. El sacramento obra *ex opere operato*; por sí misma, la Eucaristía nutre al alma y acre-

107. Decreto de 20 de diciembre de 1905. — El Sumo Pontífice explica así la recta intención: “Consiste en acercarse a la sagrada mesa no por rutina, o por vanidad, o por miras humanas, sino por cumplir la voluntad de Dios, unirse a Él más estrechamente por la caridad, y, merced a este divino remedio, combatir los propios defectos y debilidades”.

cienta la gracia, al propio tiempo que el hábito de la caridad. Ése es el fruto primario y esencial del sacramento.

Hay, además, otros frutos, secundarios, es cierto, pero tan grandes, no obstante esto, que bien merecen no los pasemos por alto: son las gracias actúales de unión que excitan nuestra caridad a obrar¹⁰⁸, alientan nuestro fervor a volver, amor por amor, a cumplir la voluntad divina, a evitar el pecado, y llenar de gozo el alma: «La Dulzura de ese, pan celestial, lleno de suavidad», se comunica al alma para darle aliento en su devoción y en el servicio de Dios, y fortalecerla contra el pecado y las tentaciones¹⁰⁹. -Pero estos efectos secundarios pueden ser más o menos abundantes; y, de hecho, dependen, en no corta medida, de nuestras disposiciones¹¹⁰, máxime cuando el amor, principio de unión, es el móvil que nos impide preparar al Señor una morada menos indigna de su divinidad, y a tributarle con el mayor afecto posible los obsequios a que se hace acree-

108. "El Sacramento excita la caridad no sólo en cuanto al hábito, sino también en cuanto al actor." SANTO TOMÁS, III, q. LXXIX, a. 4.

109. Véase el *Catecismo del Concilio de Trento*, cap. XX, § 1.

110. D. COGHLAN, *De S.S. Eucharistia*, p. 368.

dor al venir a nosotros. Verdad que Cristo, como soberanamente libre e infinitamente bueno, otorga sus dones a quien le place; pero a más de que su majestad infinita pues permanece siempre Dios requiere de nosotros que le preparemos, en cuanto lo permita nuestra condición, una morada en nuestro corazón, ¿podríamos dudar un solo instante que no mire con singular complacencia los esfuerzos de un alma que desea recibirle con fe y con amor¹¹¹?

«Mirad cómo recompensó los deseos y esfuerzos de Zaqueo. Este príncipe de los publicanos sólo quería ver a Jesús; y el Señor, al encontrarle, se adelanta a sus deseos y le dice que va a aposentarse en su casa. Y su visita le vale el perdón y la salvación. Ved también lo que acontece cuando Simón el fariseo recibe a nuestro Señor. Durante el convite, una mujer, Magdalena, entra en el aposento, se acerca a Jesús y derrama olorosos perfumes

111. “Aunque los sacramentos de la nueva ley producen su efecto *ex opere operato* (por sí mismos), sin embargo de ello, tanto mayor es ese defecto cuanto más perfectas son las disposiciones de los que reciben el sacramento, Así, pues, debemos procurar que a la Sagrada Comunión preceda una preparación diligente, y le siga la conveniente acción de gracias.” Pío X, Decreto de 20 de diciembre de 1905, acerca de la comunión diaria.

sobre sus pies, y los besa reverente. Los comensales reconocen al punto que aquella mujer es una pecadora, y Simón fariseo se indigna y piensa en su interior: «¡Si Jesús supiese siquiera quién es esa mujer...!» Conoce Cristo aquellos pensamientos secretos y hácese el abogado de la mujer, poniendo en parangón lo que ella hace por agradarle con lo que el fariseo ha dejado de hacer al concederle hospedaje: «¿Ves esa mujer?, dice Jesús a Simón-. Entré en tu casa y no me has dado agua con que lavar mis pies, pero ella los ha bañado con sus lágrimas y enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz, pero ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha derramado perfumes sobre mis pies. Por todo lo cual te digo que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho... » Luego dijo a la mujer: «Perdonados te son tus pecados, tu fe te ha salvado; vete en paz¹¹²».

Ya veis, pues, cómo el Señor anda solícito de las disposiciones, de las pruebas de amor con que le recibimos. La Eucaristía es el sacramento de la unión, y cuantos menos obstá-

112. LUC., VII, 36-39; 44-50.

culos encuentra Cristo para que esa unión sea perfecta, tanto más obra en nosotros la gracia del sacramento. El Catecismo del Concilio de Trento nos dice que «recibimos toda la plenitud de los dones de Dios cuando recibimos la Eucaristía con corazón bien dispuesto y perfectamente preparado¹¹³».

V

Hay, empero, una *disposición general* muy importante, que dimana de la naturaleza de la unión, y sirve admirablemente de preparación habitual a nuestra unión con Cristo, y muy particularmente a la perfección de esa unión: es la *donación total de uno mismo a Jesucristo*, renovada con frecuencia. Esa donación al Verbo hecho carne comenzó en el Bautismo; allí, por vez primera, Cristo tomó posesión de nuestra alma, y nosotros empezamos por la gracia a asemejarnos a Dios y a vivir unidos a Él. Pues bien, cuanto más fijos permanecemos en esa *disposición* fundamental, que empezó en el Bautismo, de morir para el pecado

113. CAP. XX, § 3.

y vivir para Dios, tanto mejor será nuestra preparación remota para recibir la abundancia *de* la gracia eucarística. Guardar apego al pecado venial, a imperfecciones deliberadas, a negligencias voluntarias, a infidelidades meditadas, son cosas que desagradan al Señor que viene a nosotros. Si ansiamos esa unión perfecta, no hemos de «regatear» a Cristo nuestra libertad de corazón; ni reservar en ese corazón un lugar, por mínimo que sea, a la criatura amada en cuanto tal; hemos de negarnos a nosotros mismos, desasirnos de las criaturas, suspirar por el advenimiento perfecto del reino de Jesucristo en nosotros mediante la sumisión de todo nuestro ser a su Evangelio y a la acción del Espíritu Santo.

Es ésta una de las mejores disposiciones. ¿Qué es lo que impide a Cristo el identificarnos completamente con Él cuando viene a nosotros? ¿Son tal vez nuestras flaquezas de cuerpo y de espíritu, las miserias inherentes a nuestra condición de desterrados, las servidumbres con, que se halla esclavizada nuestra humana naturaleza? Ciertamente que no; esas imperfecciones, aun las mismas faltas en que caemos, que lamentamos y procuramos corregir, no detienen a Cristo; al contrario, viene a nosotros para

ayudarnos a corregir esas faltas y a llevar con paciencia esas flaquezas; es pontífice compasivo que «conoce de qué barro estamos formados¹¹⁴», y que «ha cargado con todas nuestras dolencias¹¹⁵».

Lo que pone trabas a la perfecta unión son los hábitos malos, conocidos y no desaprobados, y a los que, por falta de generosidad, no nos atrevemos a tocar, así como el apego voluntario a nosotros mismos o a las criaturas: mientras no trabajemos eficazmente por desarraigar esos malos hábitos y por romper esas ligaduras a fuerza de una constante vigilancia sobre nosotros mismos y de la mortificación, Cristo no podrá hacernos participantes de la plenitud de su gracia.

Esto es sobre todo verdadero tratándose de faltas deliberadas o habituales contra la caridad para- con el prójimo. Ya desarrollaré este punto al exponeros los motivos que tenemos para amarnos mutuamente, pero no estará de más decir aquí algunas palabras. Cristo es uno con su cuerpo místico; por la gracia todos los cristianos son sus miembros. Cuando comul-

114. *Salmo* CII, 14.

115. *ISA.*, LIII, 4.

gamos, debemos hacerlo con Cristo, total, entero; es decir, unirnos por la caridad con Cristo en su ser físico, y también con los miembros de Cristo: no podemos separarlos. «Quiso nuestro Señor, dice el Concilio Tridentino, dejarnos este Sacramento como símbolo de la íntima unidad de ese cuerpo místico, cuya cabeza es Él¹¹⁶». «No hay más que un solo pan, dice san Pablo hablando de la Eucaristía; así también, aunque seamos muchos, formamos sólo un cuerpo todos los que participamos de un mismo pan¹¹⁷». Escuchad lo que el mismo Cristo dice: «Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tus dones¹¹⁸». De aquí que la menor frialdad voluntaria, el más liviano resentimiento para con el prójimo, replegado en el corazón, constituye un grande estorbo para la perfección de esa unión que nuestro Señor quiere tener con nosotros en la Eucaristía.

116. Sess. XIII, cap. 2.

117. I COR., X, 17.

118. MATT., V, 23-24.

Así, pues, si en nuestro corazón descubrimos algún apego voluntario a nuestro propio juicio o a nuestro amor propio, o sobre todo si hay en él hábitos contrarios a la caridad, estemos ciertos que mientras nos avengamos a vivir en ese estado, será limitada la abundancia de los frutos del Sacramento. -En cambio, si un alma toma la resolución de corregirse de los malos hábitos que halla en sí; si seriamente se esfuerza por destruirlos; si se acerca a Cristo en la Comunión para hallar en Él la fuerza que necesita para servirle de veras, tenga por cierto que el Señor la mirará con misericordia, bendecirá sus esfuerzos y la recompensará colmadamente.

Verdad es, repitámoslo, que nuestras disposiciones no causan la gracia del Sacramento, no hacen sino dejar que la gracia fluya libremente, quitando todos los impedimentos; pero debemos, no obstante esto, abrir y dilatar nuestros corazones cuanto podamos a la efusión de los dones divinos. Disposición excelente es, por tanto, procurar con diligencia no rehusar nada a Cristo: un alma que habitualmente se halla dispuesta a desechar de sí todo aquello que en algo puede herir la vista del Divino huésped, y a cumplir siempre su vo-

luntad adorable, está admirablemente «adaptada» a la acción del Sacramento.

La razón es obvia. La Eucaristía es Sacramento de unión, como lo indica el mismo vocablo *Comunión*, Cristo viene a nosotros para unirnos a Él. Unir es hacer de dos cosas una sola. Y nosotros nos unimos a Cristo tal como Él es. Pues bien, toda Comunión supone el sacrificio del altar, y, por consiguiente, el de la Cruz. En la ofrenda de la Misa, Cristo nos asocia a su estado de pontífice; en la Comunión nos hace partícipes de su condición de víctima. El santo sacrificio supone, según dejo explicado, la oblación interior y plena que Jesús hizo a la voluntad de su Padre al entrar en el mundo, oblación que renovó a menudo durante su vida y a la que dió remate con su muerte cruenta en el Calvario. Todo esto, en frase de san Pablo, nos lo recuerda la sagrada Comunión. «*Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis, o representaréis la muerte del Señor*¹¹⁹». Cristo sé da a nosotros en la medida con que nosotros nos damos a Él, a su Padre, a nuestros prójimos, que son los miembros de su cuerpo místico; esta disposición fundamental

119. I COR., XI, 26.

nos asimila a Cristo, pero a Cristo víctima; es el lazo de unión entre Él y nosotros.

Cuando el Señor halla un alma así dispuesta, entregada del todo y sin reserva a su divino querer, compórtase respecto a ella con aquella virtud divina que, no encontrando obstáculo ninguno, obra maravillas de santidad. La carencia de esa *disposición de unión* es la razón de que muchas almas adelanten tan poco en la perfección, aunque comulguen a menudo. Cristo no encuentra la docilidad sobrenatural que se requiere para. Obrar libremente en ellas; sus afectos están *divididos y repartidos* entre Dios y las criaturas, por el apego voluntario que guardan a su vanidad, a su amor propio, a su delicadeza, a su egoísmo, a sus celos, a su sensualidad, que estorban e impiden la unión entre ellas y Cristo con esa intensidad, esa plenitud mediante la cual se obra y remata la transformación del alma.

Pidamos al Señor que Él mismo nos ayude a adquirir poco a poco esa disposición fundamental; es sumamente estimable, porque acomoda singularmente nuestra alma a la acción del Sacramento de amor y unión divina.

A esta disposición de unión, que sirve en gran manera de preparación habitual, podemos

juntar otra, remota igualmente, pero más bien actual, que consiste en *orientar* cada día, por un acto explícito, *todas nuestras acciones hacia la comunión*, de modo que nuestra unión con Cristo en la Eucaristía sea verdaderamente el sol de nuestra vida. Cuando san Francisco de Sales se ordenó de sacerdote, tomó la resolución de convertir todos los momentos del día en preparación al sacrificio eucarístico que había de celebrar al día siguiente, de manera que pudiese responder con verdad, si le preguntaban en que se ocupaba: «Me preparo a celebrar la Misa¹²⁰». Es práctica recomendable y excelente.

Pero si es cierto «que nada podemos hacer sin Cristo Jesús», ¡cuánto más se realiza esto, cuando tratamos de llevar a cabo la acción más santa de cada día! Unirse sacramental a Cristo en la Eucaristía es para la criatura el acto más sublime que hacer pueda; en su comparación nada es toda la sabiduría humana, por eminente y grande que se la conciba. Sin la ayuda de Cristo, somos incapaces de disponernos para unirnos a Él como debemos. Nuestras plegarias muestran

120. HAMON, *Vida de San Francisco de Sales*, t. I, l. II, cap. I.

el respeto que a Jesús tenemos; Él es quien se ha de preparar una morada en nosotros, como lo afirma el Salmista: «El Altísimo ha de santificar su tabernáculo¹²¹». -Sean estas nuestras peticiones cuando por las tardes vamos a visitar al Señor. Sacramentado: «Señor mío Jesucristo, Verbo humanado, quiero prepararte una morada en. mí, mas siéntome incapaz de hacerlo: Tú, que eres sabiduría eterna, por tus méritos infinitos, prepara mi alma para ser templo tuyo; haz que sólo a Tí adhiera; te ofrezco los actos y penas de este día, para que los tornes gratos a tus divinos ojos, y que algún día me presente yo ante tu acatamiento falto y vacío de méritos». Esta oración es excelente, pues con ella todo durante el día va enderezado a la unión con Cristo; el amor principio de unión, envuelve nuestros actos; lejos de murmurar, si algo nos acaece arduo o desagradable *movimiento de dilección ofrecémoslo* a Cristo, y el alma se hallará de ese modo, casi sin advertirlo, preparada para cuando llegue el instante de recibir a Cristo.

121. *Salmo* XLV, 5.

VI

Después de lo expuesto, sólo resta hacer, cuando llegue el momento de la comunión, la preparación inmediata que requiere la dignidad infinita de Aquél a quien recibimos. Y aunque esa preparación saque su valor y su *virtud de la disposición fundamental en que nos hemos ocupado*, no estará de más decir breves palabras acerca de ella en particular.

Una de las disposiciones inmediatas de mayor importancia es la *fe*. -La Eucaristía es por esencia un «misterio de fe» (*Mysterium fidei*)¹²². Pero, ¿acaso no, son misterios de fe todos los misterios de Cristo? -Cierto que sí, pero en ninguno es la fe tan útil y fecunda como en éste. ¿Por que? -Porque en él ni la razón ni los sentidos advierten cosa alguna de Cristo. -Id al pesebre: Cristo es un niño pequeñuelo, pero los ángeles cantan su venida para manifestar que es Dios y el Salvador de los hombres. Durante su vida pública, sus milagros y la sublimidad de su doctrina dan testimonio de que es Hijo de Dios; en el Tabor, su huma-

122. Palabras contenidas en la fórmula de consagración de la preciosa Sangre.

nidad se transfigura en su divinidad; hasta en la cruz no se encubre del todo su divinidad; la Naturaleza proclama, al conmoverse, que el crucificado es el creador del mundo¹²³. En cambió, en el altar no aparecen ni la humanidad ni la divinidad¹²⁴. Para los sentidos, vista, gusto, tacto, no hay sino pan y vino. Para traspasar esas apariencias y penetrar por entre esos velos hasta las realidades divinas, menester son los ojos de la fe: es lo primero que se requiere.

Con claridad meridiana se echa esto de ver cuando se lee el capítulo de san Juan en que se narra cómo Jesús anunció a los judíos el misterio de la Eucaristía¹²⁵. La víspera acaba el Señor de mostrar su bondad y su poder dando de comer a unos cinco mil hombres con sólo cinco panes y algunos pececillos. De resultas de este milagro estupendo, los judíos exclamaron: «Éste es el profeta que ha de venir». Y pasando del pasmo a la obra, quisieron arrebatarse para crearle rey.- Mas he aquí que Jesús les revela un misterio hartó más estupendo que el prodigio que acababan de presenciar: «Yo

123. LUC., XXIII, 44 y 45.

124. Himno *Adoro te*.

125. JOAN., VI, 30-70.

soy el pan de vida que ha bajado del cielo». Y esas palabras bastan para que al punto se alcen murmullos entre los judíos. «¿No es acaso el hijo de José? Conocemos a su padre y a su madre; pues ¿cómo él dice: He bajado del cielo?»- Y Jesús les responde «No andéis murmurando entre vosotros: Yo soy el pan de vida; vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Éste es el pan que descende del cielo, a fin de que quien comiere de él no muera. Quien comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que Yo daré es mi misma carne entregada por la vida del mundo». Comenzaron entonces los judíos, cada vez más incrédulos, a altercar unos con otros, diciendo: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»- Cristo, empero, no retira o desdice ninguna de sus afirmaciones, antes, por lo contrario, las afirma, diciendo: «En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y Yo le resucitaré en el último día, porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida».-La incredulidad Cunde entonces hasta entre sus mismos discípulos. Algunos de .en-

tre ellos lo oyen y protestan. «Dura es esta doctrina, y, ¿quién puede escucharla?» Y desde ese momento, añade san Juan, muchos de sus discípulos, escandalizados, dejaron de seguirle y ya no andaban con Él...-Cuando se hubieron ido, Jesús, vuelto a los doce Apóstoles, les dijo: «Y vosotros, ¿queréis también retiraros?» Respondióle Simón Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios».

Creamos también nosotros con Pedro y los Apóstoles que permanecieron fieles; que supla la fe a nuestros sentidos¹²⁶. Cristo lo ha dicho: «Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre; tomad, comed, y tendréis vida».- Tú lo has dicho, Señor; esto basta, yo creo. Ese pan que nos das, eres Tú mismo; Cristo, Hijo amado del Padre; Tú mismo, que té encarnaste y entregaste por mí, que naciste en Belén, que viviste en Nazaret, que sanaste a los enfermos, que diste vista a los ciegos, que perdonaste a la Magdalena y al buen Ladrón, que en la última Cena dejaste a san Juan reclinar su cabeza sobre tu corazón; Tú, que eres camino, verdad

126. Himno *Pange lingua*.

y vida, que diste tu vida por mi amor, que subiste a los cielos, y ahora, a la diestra del Padre, reinas con Él e intercedes sin cesar por nosotros. ¡Oh Jesús, Verdad eterna! Tú afirmas que estás presente en el altar, real y sustancialmente, con tu humanidad y con todos los tesoros de tu divinidad; yo lo creo, y porque lo creo, me postro en tu presencia para adorarte. Recibe, en cuanto Dios mío y mi todo, este tributo de mi adoración.-Este acto de fe es el más sublime que podemos hacer, y el homenaje más completo de nuestra inteligencia que a Cristo podamos tributar.

Es igualmente un acto de *confianza*, pues Cristo, al que contemplamos con los ojos de la fe, viene a nosotros como cabeza nuestra y como el primogénito de entre nuestros hermanos. Avivemos, pues, nuestros deseos. «¡Oh Señor Jesús!, debemos decirle con el sacerdote, al tiempo de la comunión. No mires a mis pecados, que detesto, sino a la fe de tu Iglesia, que me dice que estás realmente presente bajo los velos de la hostia, para venir a mí. Tienes, Señor, poder para atraerme enteramente a Ti, para transformarme en Ti. Me entrego por completo a Ti para que te haga dueño de todo mi ser, de toda mi actividad, para que yo, no viva

sino de Ti, por Ti y para Ti». Si pedimos esa gracia, no dudemos que Cristo nos la otorgará; por eso hemos de llegar hasta importunarle, sin poner tasa a nuestros santos deseos. Si ponderásemos un poco las riquezas que este sacramento encierra -son infinitas, puesto que contiene al mismo Cristo¹²⁷-, si pudiésemos comprender los frutos que en nosotros puede producir la venida de Cristo, arderíamos en deseos de verlos realizarse en nosotros; todos los frutos de la Redención están en él comprendidos para nuestro provecho¹²⁸. Quiere el Señor, con voluntad intensa, comunicárnoslos, pero exige que escuchemos nuestros corazones con el deseo y la confianza. «Dios sabe ciertamente lo que necesitamos, dice san Agustín¹²⁹, pero quiere que nuestro deseo se inflame en la oración para hacernos más capa-

127. SANTO TOMÁS, *In JOAN. Evang.*, c. VI, lect. 6. Y también: *Effectus quem passio Christi fecit in mundo, hoc sacramentum facit in homine*, III, q. LXXIX, a. 1.

128. Oración de la fiesta del Santísimo Sacramento.

129. *Sumemus capacius quanto id et fidelus credimus, et speramus firmitus et desideramus ardentius*. *Epist.* CXXX, c. 8. San Agustín dice esto de la vida eterna, pero puede muy bien aplicarse a la Eucaristía, que es prenda de esa vida: *Et futura gloriae nobis pignus datur*.

ces de recibir lo que Él nos prepara. Y tanto más capaces seremos de recibir el pan de vida cuanto nuestra fe en esta vida sea más grande, nuestra esperanza más firme, nuestro deseo más ardiente» «Abre tu boca y Yo la llenaré», nos dice Cristo, como antaño al Salmista¹³⁰ «Ábrete por la fe, por la confianza, por el amor, por santos deseos, por *el* abandono en Mí, y Yo te llenaré». -¿De qué, Señor? - «De Mí mismo. Yo me daré a ti, todo entero, con mi humanidad y mi divinidad, con el fruto de mis misterios, con *el* mérito de mis trabajos, con la satisfacción de mis dolores, con el precio de mi pasión. Bajaré a ti, como cuando vine a la tierra, para «destruir y arruinar la obra de Satanás¹³¹»; para tributar a mi Padre, juntamente contigo, homenajes divinos; te haré partícipe de los tesoros de mi divinidad, de la vida eterna que me viene del Padre y que mi Padre quiere que te comunique para que en todo te asemejes a mí; te colmaré de mi gracia para ser yo mismo tu sabiduría, tu santificación, tu camino, tu verdad y tu vida. Serás como otro yo mismo, en quien, como en mí y a causa de mí,

130. *Salmo* LXXX, II.

131. I JOAN., III, 8.

pondrá el Padre todas sus complacencias... «Dilata tu alma y yo la llenaré».

¿No bastarán estas palabras para entregarnos de todas veras a Cristo, a fin de que su gracia nos invada y realice en nosotros sus divinos anhelos? Reparad cómo Cristo nos devuelve lo que le damos, cómo acrecienta en nosotros esa fe, esa confianza, ese amor con que nos disponemos a recibirle.-Es el Verbo, la palabra eterna, que infunde y traduce en lo íntimo de nuestro corazón los secretos divinos y le inunda con su luz esplendorosa, pues el Verbo ilumina, a todo hombre que viene a este mundo. -Es también el que bajó a la tierra para nuestra salud, y el que en esa unión eucarística nos va a aplicar los méritos infinitos de su muerte. -¡Qué paz y qué invencible seguridad trae Jesús al alma que le recibe! No contento con aplicarle sus méritos satisfactorios, le da prenda segura de la futura gloria¹³². -Por fin, Cristo aviva el amor; el amor vive de unión. Verdaderamente, es éste el sacramento de vida y de acrecentamiento espiritual. Cada comunión bien hecha, nos acerca más y más a nuestro modelo; y en especial, nos hace penetrar y

132. Antífona de Vísperas de la festividad del Corpus.

ahondar más en el conocimiento, en el amor y en la práctica del misterio de nuestra predestinación y de nuestra adopción en Cristo Jesús, perfeccionando en nosotros la gracia de la filiación divina.

Tan importante es esto, que insistiré sobre ello. Toda nuestra santidad se reduce a participar, por medio de la gracia, de la filiación divina de Jesucristo; a ser, por la adopción sobrenatural, lo que Cristo es por naturaleza. Cuanto más abarque esa naturaleza, tanto más elevada será nuestra santidad.-¿Qué es lo que nos da esa participación, y nos hace hijos de Dios? Nos lo dice san Juan: «Es la fe, mediante la cual recibimos a Cristo, origen de toda gracia¹³³».-Por tanto, cuanto más arraigada y profunda sea la fe con que a Cristo recibimos,-tanto más Cristo nos comunica lo que tiene de más grande: su cualidad de Hijo de Dios; tanto más grande será la medida de nuestra participación en su filiación divina.

Pues bien; no hay acto en que nuestra fe pueda ejercitarse con mayor intensidad que el de la Comunión; no hay tributo de fe más sublime que el de creer en Jesucristo, oculto en

133. JOAN., I, 12.

cuanto Dios y en cuanto Hombres tras los velos de la sagrada hostia.-Cuando los judíos veían a Cristo realizar los más estupendos milagros, como la multiplicación de los panes en el desierto, estaban propensos, por la calidad extraordinaria de esos hechos, a reconocer la divinidad de Jesús; era ese un acto de fe, es cierto, pero de un grado ordinario.-En cambio, cuando el señor decía a los judíos: «Yo soy el pan de vida, que ha bajado del cielo», la fe en estas palabras era ya más elevada; tanto, que muchos de sus oyentes no fueron capaces de este acto, y abandonaron a Cristo para siempre.-Mas cuando Cristo, mostrándonos un poco de pan, y un poco de vino, nos afirma: «Ésto es mi cuerpo», «ésta es mi sangre», y nuestra inteligencia descartando lo que antes los sentidos aparece, presta asenso a estas palabras, y nuestra voluntad nos lleva a la sagrada mesa con respeto y amor, para mostrar con obras ese asentimiento nuestro, hacemos el acto de fe más grande y más absoluto que darse pueda.

Recibir a Cristo sacramentado es, pues, hacer el acto de fe más elevado, y, por tanto, participar en sumo grado de su filiación divina. Y he ahí por qué toda comunión bien hecha es para el cristiano tan vital y tan fecun-

da; no ya sólo porque en ella recibimos al mismo Cristo, sino también porque de ningún modo puede manifestarse nuestra fe más viva y más intensa; porque el acto de fe que ejecutamos no es sólo de la inteligencia, sino que todo nuestro ser concurre a él cuando nos acercamos al altar.

Así, pues, la comunión eucarística es el acto más perfecto de nuestra adopción divina.-No hay instante en que con mayor razón podamos decir a nuestro Padre celestial: «Oh Padre celestial, yo vivo en tu Hijo Jesús, y tu Hijo vive en mí. Tu Hijo, que procede de Ti, recibe con toda plenitud comunicación de tu vida divina; yo he recibido con fe a tu Hijo; la fe me dice que en este momento yo estoy con Él; y, puesto que participo de su vida, mírame, Señor, en Él, por Él y con Él, como a hijo de tus complacencias». ¡Qué gracias, qué luz, qué fuerza infunde a los hijos de Dios semejante plegaria! ¡Qué reboamiento de vida divina, qué unión tan estrecha, qué adopción tan profunda no nos comunica esta fe sin igual! Llegamos al punto culminante, a la cima de la adopción divina a que puede llegarse en este mundo.

En lo concerniente a las «fórmulas» que nos ayudan a la inmediata preparación de esa unión

con Jesús, no se pueden fijar ni concretar exclusivismo. Tanto las necesidades de las almas como su modo de ser, son innumerables.

Unas se esfuerzan por seguir las oraciones y ceremonias del celebrante, y se acercan a la sagrada mesa durante la Misa, en el momento de la comunión; esta es, cuando se puede hacer, la mejor manera de disponerse *inmediatamente* a recibir a Cristo. ¿Por qué las plegarias que la Santa Madre Iglesia pone en boca del sacerdote para prepararse a recibir a Cristo, no habrían de ser buenas para los simples fieles? Preparándose de ese modo, uno se une más directamente al sacrificio de Cristo y a las intenciones de su sacratísimo Corazón: además, el misal contiene, como en el *Gloria in excelsis*, encendidas saetas de fe, confianza y amor. «Alabámoste; adorámoste; glorificámoste, te damos gracias; Señor Dios; Cordero de Dios... que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros... Recibe nuestras súplicas; Tú que estás sentado a la diestra del Padre, ten misericordia de nosotros... » ¡Qué acto de fe! Ese pedazo de pan que voy a recibir contiene a Aquel que «en los cielos está sentado a la diestra del Padre, el solo Señor, el solo, Santo, el solo Altísimo, Jesucristo, que con el Espíritu Santo está en la gloria de Dios Padre». Otros

repasan o leen, intercalando aspiraciones de fe, de esperanza y de caridad, el capítulo VI del Evangelio de san Juan, en el cual el Apóstol refiere las promesas de la Eucaristía. También se puede fomentar la devoción con el libro IV de la Imitación. *de* Cristo, especialmente consagrada al Sacramento del Altar: o ya también valerse de fórmulas que se hallan en Devocionarios debidamente aprobados.

En esto cada cual puede seguir aquello a qué su devoción más le incline; pero siempre con tal que la inteligencia y el corazón se asocien a las palabras que pronuncian los labios; así que, una vez que el alma ensancha su capacidad de unión, mediante una fe viva, una reverencia profunda, una confianza absoluta, un deseo y un amor ardientes, y sobre todo un generoso abandono al divino querer, todo está bien dispuesto; no hay más que acercarse a recibir el don divino...

VII

La misma franca libertad concedo para la acción *de gracias*.-Unos, silenciosamente recogidos, adoran al Verbo en su pecho. La hu-

manidad que recibimos es la humanidad del Verbo Eterno; por su mediación entramos en comunión con el Verbo, que desde el seno del Padre, *in sinu, Patris, ha* bajado a nosotros. Por esencia, el Verbo está todo entero en su Padre; todo lo recibe de Él, sin que por eso sea inferior al Padre. Pero todo lo endereza a su Padre: su esencia es vivir por el Padre. Cuando así estamos unidos a Él y del todo nos entregamos a Él; por la fe que en Él tenemos, Él nos lleva hasta el Santo de los Santos. Allí nos es dado unirnos a esos actos de adoración intensa que la humanidad de Cristo tributa a la Trinidad beatísima. Tan unidos estamos a Cristo en ese instante, que podemos hacer nuestros los actos de su santa humanidad y tributar al Padre, en unión del Espíritu Santo, los homenajes que más pueden agradarle. Cristo mismo es entonces nuestra acción de gracias, nuestra Eucaristía; Él es, nunca lo olvidéis, quien suple, a todas nuestras flaquezas, a todas nuestras enfermedades, a todas nuestras miserias. ¡Qué ilimitada confianza nace de esa presencia de Cristo en el alma!

También pueden nuestros labios entonar el cántico de la creación que saca vida del Verbo, para que todos los seres que han sido he-

chos por el Verbo¹³⁴ ensalcen en Él y por Él la gloria de Dios; esto hace el sacerdote al volver del altar. La Iglesia, esposa de Cristo, que conoce mejor que nadie los secretos de su divino Esposo, ordena al sacerdote que cante, allá en el santuario de su alma, donde el Verbo reside, el cántico interior de la acción de gracias. El alma transporta todas las criaturas a los pies de su Dios y Señor, para que reciba el homenaje de todos los seres que existen o se mueven: *Benedicite omnia opera Domini Domino*¹³⁵. «Obras todas que salisteis de las manos del Señor, bendecidle, alabadle, y ensalzadle para siempre jamás... Ángeles del Señor, bendecid a Dios: bendecidle, cielos... sol y luna; estrellas del cielo, bendecid al Señor. Lluvias, rocío, vientos y tempestades, llamas y fuego, frío y calor, rocío y escarcha, hielos y nieves, alabad al Señor. Noches y días, tinieblas y luz, nubes y relámpagos, alabad al Señor... » El celebrante convida luego a la tierra, a montes y collados, plantas, mares y ríos; a los peces, aves y fieras; a los hombres, a los sacerdotes, a los humildes de corazón y a los

134. Joan., I, 3.

135. Dan., III, 57.

santos, a que glorifiquen a la Trinidad, en quien todo honor redunda por medio de la humanidad santa en Jesús. ¡Qué admirable cántico el de la creación, cantado por el sacerdote en el momento en que está unido al Pontífice Eterno, al mediador único, al Verbo divino, por quien todo fue creado!

Otros, sentados como Magdalena a los pies de Jesús, se entretienen familiarmente con Él, escuchando sus hablas en el fondo del alma y dispuestos a darle todo cuanto les pida; pues en esos momentos en que mora en nosotros la luz divina, suele Jesús, no pocas veces, mostrar al alma lo que de ella quiere y exige. «Éste, pues, es, buen tiempo, dice santa Teresa, para que os enseñe nuestro Maestro, para que le oigamos y besemos los pies, porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de con nosotros¹³⁶».

También puede leerse con pausa, como si escuchásemos a Cristo, el magnífico discurso después de la Cena, cuando Jesucristo hubo instituido este Sacramento: «Creed que yo estoy en el Padre y el Padre está en Mi... ; el que guarda mis mandamientos, ése me ama, y quien

136. *Camino de Perfección*, cap. XXXV.

me ama, será amado de mi Padre, y Yo también le amaré y me manifestaré a él... Como mi Padre me amó, así también Yo os he amado; permaneced en mi amor... Os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido... Os he llamado mis amigos, porque todo cuanto he escuchado dé mi Padre os lo he manifestado... El mismo Padre os ama porque vosotros me habéis amado y habéis creído que Ya he salido del Padre... Estas cosas os he dicho para que en Mí tengáis paz; el mundo os perseguirá, pero confiad en Mí; Yo he vencido al mundo¹³⁷».

También podemos conversar mentalmente con Nuestro Señor, como si nos viésemos al pie de la cruz o ya orar vocalmente rezando los salmos referentes a la Eucaristía. «El Señor me gobierna, nada me faltará; Él me hace descansar en lugar de verdes pastos; me ha conducido junto a las aguas refrigerantes, y hace revivir mi alma. Aunque anduviere envuelto por las sombras de la muerte, no temeré ningún mal, pues Vos, Señor, estáis conmigo¹³⁸».

137. JOAN., XIV y XV.

138. *Salmo* XXIII, 1-4.

Todas esas disposiciones del alma son excelentes; la inspiración del Espíritu Santo es infinita. Todo estriba en que reconozcamos la magnitud del don divino, que san Pablo llama «inefable¹³⁹», y vayamos a sacar de los tesoros de ese don infinito cuanto necesitamos nosotros, nuestros hermanos y la Iglesia entera; pues «el Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en sus manos para que nos lo comunique¹⁴⁰». Cristo, pues, al darse, se da del todo; igualmente nosotros debemos entregarnos a Él enteramente, repitiéndole, desde lo íntimo del corazón, aquellas sus palabras: «Quiero siempre cumplir lo que es grato a vuestros ojos¹⁴¹»; o también aquellas palabras de Jesús a su Padre en la última Cena, palabras que son la expresión acabada de la unión perfecta: «Todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mías¹⁴²».

Ése es, lo repito, el fruto propio de la Eucaristía; la identificación de nosotros con Cristo, por la fe y el amor. Si recibís bien el cuerpo

139. II Cor., IX, 15.

140. Joan., III, 35.

141. *Ibíd.*, VIII, 29.

142. *Ibíd.*, XVII, 10.

de Cristo, dice admirablemente san Agustín, sois eso mismo que recibís¹⁴³.

Cierto que el acto mismo de la comunión es transitorio y pasajero; mas el efecto que produce, la unión con Cristo, vida del alma, es de suyo permanente, y se prolonga todo el tiempo y en la medida que nosotros queremos. La Eucaristía no es el sacramento de la vida, sino porque es *el* sacramento de la- unión preciso *es* que «*permanezcamos en Cristo y que Cristo permanezca en nosotros*». No dejemos que en el transcurso del día se amengüe el fruto de la unión y de la recepción eucarística, por causa de nuestra veleidad, de nuestra disipación, de nuestra curiosidad, de nuestra vanidad, de nuestro afán de amor propio. Es un pan vivo, pan de vida, pan que hace vivir, el que hemos recibido. Hemos de ejecutar obras de vida, obras de hijos de Dios, después de habernos alimentado con este pan divino para trocarnos en Él, pues el que afirma que permanece en

143. La virtud peculiar de este alimento es producir la unidad, unirnos tan esterchamente al cuerpo de Cristo que, hechos miembros suyos, seamos nosotros mismos aquello que recibimos. LVII, c. 7.

Cristo, ha de vivir como Cristo mismo vivió¹⁴⁴.

Y no digamos, para excusar nuestra pereza y ocultar la falta de generosidad, que somos flacos y débiles. Ciertamente es y más de lo que pensamos, pero al lado de ese abismo (pues lo es) de nuestra flaqueza, que no excluye la buena voluntad, y que Cristo conoce mejor que nosotros, hay otro abismo: el de los méritos y tesoros infinitos de Cristo; y mediante la comunión, nuestros son esos méritos y esos tesoros, pues Cristo está en nosotros.

144. Jaon., II, 6, 6. — Eso mismo nos manda pedir la Iglesia en la misa del Segundo domingo después de Pentecostés: “Haz, Señor, que esta oblación de tu divino Hijo... nos vaya llevando de día en día a la práctica de una vida del todo celestial.”

ÍNDICE

El Sacrificio Eucarístico.	5
I. La Eucaristía considerada como sacrificio	10
II. Naturaleza del sacrificio	14
III. La Eucaristía se reproduce y renueva por el sacrificio de la Misa	22
IV. Frutos inagotables del sacrificio del altar	26
 El Pan de Vida.	 50
I. La Comunión es el convite en que Cristo se da como Pan de Vida	52
II. Por la Comunión Jesucristo mora dentro de nosotros	57
III. Por la Comunión Cristo nos transforma en él	61
IV. Necesidad de la preparación para recibir a Jesús	67
V. Cómo ha de ser la preparación	73
VI. Disposiciones próximas: fe, esperanza y amor	82
VII. Acción de gracias después de la Comunión	94